

LOS PUEBLOS DEL MAR EN ESPAÑA Y LA NUEVA REVISION DE LA HISTORIA DE TARTESSOS

por

A. MONTENEGRO DUQUE

La primera gran realidad histórica conocida por las fuentes escritas acerca de la Península viene constituida por Tartessos, ciudad y reino que remonta su antigüedad a los tiempos finales del II milenio a. C. A partir de este momento la mitad meridional de la Península entra de lleno en el concierto de la Historia Universal. Muchos de los informes que tenemos sobre Tartessos son confusos y mezcla de mito y leyenda porque provienen de escritores alejados de nuestro suelo y casi todos ellos transmitidos con mucha posterioridad a los hechos. Schulten y García Bellido han recopilado y estudiado ampliamente los abundantes datos que la tradición clásica nos proporciona. Pero hasta ahora resultaba difícil poner de acuerdo, en un relato congruente, datos dispersos y a veces contradictorios. Por desgracia la arqueología tampoco había hecho mayores aportaciones. En consecuencia ignorábamos la mayor parte de la historia de Tartessos y dudábamos seriamente de lo poco que sabíamos.

Pero hoy estamos seguros de la realidad histórica de su existencia; de que Tartessos constituyó una gran civilización, un gran emporio comercial y de que todo un imperio organizado se estructuró orgánicamente en torno a la capital. Y día a día en nuestros últimos años se vienen aclarando múltiples cuestiones. Podemos interpretar mejor los datos emanados de las fuentes escritas orientales. Nuestros propios estudios han demostrado que los fundadores fueron los tartessos (asimismo conocidos por tursenos o etruscos) y los massieni o mastienos y que eran gentes indoeuropeas, desgajadas de los Pueblos del Mar. Gómez Moreno ha transcrito su escritura fijando la antigüedad de sus orígenes, que no deben alejarse mucho del año 1000 a. C., y ha delimitado su difusión por casi toda la mitad meridional de la Península. García Bellido, Blanco Freijeiro, Blázquez, Maluquer, Carriazo, han ido eliminando las vacilaciones que teníamos sobre ciertos aspectos de su vida material, apoyados en datos arqueológicos. Sabemos de su arte característico, del uso amplio de metales preciosos y que ellos fueron los introductores

y difusores del uso del hierro que penetró de sur a norte, y no a la inversa y a favor de las invasiones indoeuropeas exclusivamente. Estas gentes etruscas y mastienas creadoras del reino de Tartessos fueron los difusores de la escritura en la Península. Los trabajos de Gómez Moreno, Tovar y Hubschmid, principalmente, nos aclaran algunos de estos hechos a través de sus estudios de lingüística y toponimia peninsular. Nuestras inscripciones tartesias se mantienen aún sin traducir, pero la clara adscripción a lenguas indoeuropeas que se intuye con cierta evidencia nos permite abrigar la esperanza de una más amplia interpretación. Tartessos ha dejado de ser un enigma o campo libre de la imaginación para convertirse en una realidad histórica; en la que los aún innumerables problemas subsisten, pero ya tienen, al menos, sólidos puntos de apoyo para ser dilucidados.

La eclosión histórica de Tartessos no fue ciertamente un hecho casual, sino el resultado convergente en el mediodía hispánico de varios factores: la gran tradición cultural megalítica del mediodía ibérico; la aportación humana de grupos emigrantes indoeuropeos desgajados de los Pueblos del Mar y llegados a la Península Ibérica después de haberse impregnado de la cultura avanzada de Oriente y que suponían la aportación de nueva y generosa savia; en fin, las sin iguales riquezas agrícolas y mineras de que disfrutaba la región, así como su privilegiada situación para el comercio. La presencia en el sur de los fenicios, llegados tras el asentamiento de estos pueblos, será estímulo y constante revitalizador de su ya avanzada cultura. En efecto, ya desde los años 2500 a. C. toda Andalucía y Levante venían estableciendo cada vez más íntimos contactos comerciales con los puertos cretenses y egeos, así como con los fenicios. Las culturas de los Millares y el Argar se habían proyectado con fuerza sobre el valle del Guadalquivir, donde durante el II milenio venía floreciendo una exuberante civilización dolménica. El asentamiento de mastienos y tartesios en nuestro suelo para explotar sus grandes reservas de oro, plata y cobre y la presencia fenicia en Cádiz y Málaga para exportarlos y traer innovaciones culturales de Oriente vino a incrementar aquellas grandes realidades. Con ellos la civilización urbana y la vida política y cultural colmarán sus posibilidades desde 1150 a. C. aproximadamente, en que hicieron acto de presencia. Estos Pueblos del Mar, de raigambre indoeuropea, con sentido jerárquico y espíritu organizador y emprendedor, actuaron de aglutinante de las viejas poblaciones urbanas y se convirtieron en dirigentes de amplias organizaciones políticas; ellos unificarán prácticamente bajo un solo mando toda la región meridional, con la Bética como núcleo principal. Sobre una base social de ricos comerciantes, metalurgistas y agricultores surgió el Imperio de Tartessos.

El interés de Tartessos se explica no sólo por la trascendencia que estos hechos históricos implican, sino también, como advierte Blánquez, porque con Tartessos se vinculan los orígenes de la navegación fenicia en Occidente, los orígenes

del imperialismo cartaginés, el comercio con los pueblos atlánticos a comienzos del I milenio, la llegada de los indoeuropeos al sur de la Península y las relaciones con Etruria, Cerdeña y el norte de Africa. El cuadro histórico que presentamos es aún, en buena parte, una invitación al diálogo y a la discusión; muchas afirmaciones deberán ser rectificadas. Pero ya partimos de esquemas correctos, de datos seguros. Procede, pues, una revisión tanto de las fuentes clásicas, como del material arqueológico y epígrafo que en la actualidad poseemos sobre Tartessos con el fin de lograr una síntesis histórica coherente.

1. LAS FUENTES HISTÓRICAS DE TARTESSOS

a) EL MITO DE LA ATLÁNTIDA Y TARTESSOS.—La Odisea contiene en sus relatos de los viajes de Ulises posibles alusiones geográficas a nuestras costas meridionales, desde Málaga hasta Huelva. El imperio de Tartessos sería entonces ni más ni menos que la Esqueria homérica o el país de Occidente. Ciertamente el mundo griego tenía ya para entonces amplios conocimientos geográficos de nuestro suelo y de su importancia como centro minero. Y gentes micénicas y cretenses habían llegado con frecuencia a nuestras costas. Wattenberg, siguiendo a Schulten, piensa que así fue en efecto. Sabemos que Homero conocía, además, los viajes fenicios a Occidente; éstos en sus tiempos habían fundado ya Utica en las costas tunecinas y Gadir y Lixus en el Gran Mar u Océano Atlántico. Pero lo difícil es traducir estas alusiones poéticas de Homero a hechos concretos y hacer precisiones geográficas e históricas de su relato, cuando estos mismos conocimientos geográficos constituían un secreto celosamente guardado por los comerciantes fenicios y de los que sólo se hacían vagas alusiones.

Otro tanto podríamos decir respecto a los relatos en que Platón nos describe la Atlántida. No pocos, y entre ellos nosotros mismos, hemos identificado la Atlántida con algún imperio comercial o político de nuestro mediodía ibérico, concretamente con Tartessos. Es una visión poética del Imperio de Tartessos ya fenecido en los tiempos en que Platón escribía; pero lo que no cabe duda es que Platón tenía presente relatos geográficos de Tartessos, al escribir su visión de este desaparecido país. Los datos habían sido tomados de los marinos griegos y de los archivos egipcios a través de Solón, según el propio Platón declara. En sus diálogos *Timeo* (24 e) y *Critias* (113 b) nos incluye la insólita historia: «Había una isla situada frente al estrecho que en vuestra lengua llamáis Columnas de Hércules. Esta isla era más grande que Libia y Asia reunidas. Los navegantes pasaban de allí a las otras islas y de ellas al continente que baña el mar verdaderamente digno de este nombre. Porque lo que está más acá del estrecho de que hablamos se parece a un puerto

cuya entrada es angosta, mientras que lo demás es un verdadero mar y la tierra que lo rodea un verdadero continente. En esta isla hubo un reino inmenso y admirable que no sólo dominaba sobre aquella tierra firme, también ejercía su soberanía sobre las tierras inferiores de Libia hasta Egipto y Europa hasta el mar Tirreno». Esta poética descripción alude, sin duda, a la región de Huelva y los islotes de la desembocadura de los ríos Tinto y Odiel, así como al imperio de Tartessos que pudo ejercer supremacía sobre las tierras ibéricas y extendía su imperio comercial por Africa y el Atlántico.

b) FUENTES HISTÓRICAS GRIEGAS.—Según la tradición griega Tartessos se halla al sur de la Península Ibérica. La más remota mención la tenemos en Estésicoro, que vivió hacia el año 600 en Himera (Sicilia), en un texto recogido por Estrabón (III, 2, 11) donde describe la región de Cádiz y «...las fuentes inmensas del (río) Tartessos, de raíces argenteadas». Anacreonte, que vivió hacia 530 a. C., en otro texto recogido también por Estrabón (III, 2, 14) nos habla de un rey tartesio, llamado Argantonios; dice que su longevidad alcanza 150 años. La desusada edad que le atribuye es fruto del carácter legendario que este rey había adquirido entre los griegos por su benevolencia con los colonizadores helenos.

A su vez el historiador Heródoto (I, 163), cuando nos habla de unos viajes realizados por los focenses a lo largo del Mediterráneo, nos dice que el griego Colaios de Samos fue arrojado por una tempestad hacia las Columnas de Hércules, donde fue recibido por el rey tartesio Argantonios, que le colmó de regalos y le dio su protección. Según los escritores griegos Tartessos es una ciudad de Iberia que recibe su nombre del río Guadalquivir llamado entonces Tartessos, aunque realmente este río Tartessos debió ser auténticamente el Tinto. Añaden que procede de la región céltica (la Meseta) y nace en la «Montaña de Plata» arrastrando en su corriente, además de plata y estaño, oro y cobre en mayor abundancia. El río Tartessos se divide en dos brazos al llegar a su desembocadura. Tartessos, la ciudad, se alza en medio de los dos brazos como isla. Cerca de Tartessos hay un lago llamado Aorno, y una ciudad de nombre Ligustina, sita en la parte occidental de Iberia.

Esta descripción viene aclarada por otro texto originario del siglo VI, que recoge Festo Avieno en su obra *Ora Maritima* (verso 270 y ss.). Según este autor, a juicio de la interpretación de García y Bellido, Tartessos está en una isla del golfo de su nombre, en el cual desemboca el río Tartessos, que baña sus murallas después de pasar por el lago Ligustino. El río forma en su desembocadura varias bocas, de las cuales tres corren a Oriente y cuatro al Mediodía, las cuales bañan la ciudad. Arrastra en sus aguas partículas de pesado estaño y lleva rico metal a la ciudad de Tartessos. La ciudad de Tartessos está unida por un camino de cuatro

días con la región del Tajo o el Sado y por otro de cinco con Mainake. Añade el mismo autor que los tartesios poseen una isla consagrada a Noctiluca. Sería esta isla uno de sus enclaves comerciales hacia el Mediterráneo oriental, como también lo era Cerdeña. Avieno, sitúa el límite oriental del dominio de los tartesios en Murcia, en Mastia de Tarsis, y el occidental en Huelva.

Todos estos textos son contemporáneos de los tiempos de Tartessos y de ellos se deduce claramente que Tartessos existió como ciudad y como reino. Sus orígenes, según estudios recientes, pueden fijarse hacia 1150 a. C., pues Cádiz surgió en 1104 como fundación de los fenicios para comerciar con Tartessos. Queda también claro en la tradición que era ciudad importante de la España meridional y que su economía se vinculaba esencialmente a la riqueza en minerales: plata y cobre, que extraían en sus confines; estaño y oro, que acaparaban con su regular comercio. Los autores clásicos aseguran una y otra vez que por su río navegaba el estaño, entonces tan apreciado. Su riqueza en minerales fue proverbial entre múltiples escritores, casi lugar común de la tradición escrita antigua. Esta riqueza metalífera de la región está bien comprobada por las prospecciones arqueológicas practicadas en Huelva, Almería y Sierra Morena, que confirman el aprovechamiento de estos yacimientos mineros desde los comienzos al menos del primer milenio antes de Cristo, según afirman los relatos. Sabemos también que este imperio de la España meridional tenía vida floreciente en el siglo VII a. C. Su capital, del mismo nombre, era una ciudad amurallada según las descripciones de Josefo, Estrabón y Pausanias. Pero sobre este extremo la arqueología espera ansiosa su descubrimiento: la ubicación de Tartessos es aún el gran enigma.

c) FUENTES BÍBLICAS.—El primer testimonio escrito que poseemos acerca de la Península Ibérica está contenido en el Libro de los Jubileos, donde se conocen las costas mediterráneas como tierras de *Mesech*, aludiendo sin duda a las tierras del imperio de Tartessos, y sus hermanos los *massienos*. De esta identidad de los *massienos* o *mastienos* y el topónimo *Mesech* y su relación con el Pueblo del Mar *masauas* y su jefe epónimo *Meser* nos ocuparemos más adelante.

Otros datos parecen sugerirnos que el imperio de Tartessos y su gran poder económico en metales ya era una realidad desde antes del siglo VII, quizá desde 1100 a. C., como sucesor y heredero de los metalurgistas de el Argar. Y con toda seguridad Tartessos fue ciudad importante desde el año 1000. Gadir, creada en 1104 a. C., sería el lugar de cita fenicio para desde allí abastecer de metales a Oriente. La antigüedad se puede deducir por una serie de alusiones contenidas en la Biblia. En el libro I de los Reyes (I, 10, 22) se dice que en los tiempos de Salomón (hacia el año 950 a. C.) «El rey tenía naves de Tarsis con naves de Hiram en el mar; una vez cada tres años venían las naves de Tarsis y traían oro, plata, marfil,

monos y pavos reales». Es decir, se cita conjuntamente a la marina tartesia y a la fenicia. La cantidad de mercancías que Salomón llevaba desde Tartessos para su templo de Jerusalem indica que las navegaciones de uno a otro lado del Mediterráneo eran cosa habitual y bien conocidas. Análoga alusión al comercio de metales se hace en Ezequiel (XXVII, 12) y en Jeremías (X, 9). En otro pasaje del mismo libro I de los Reyes (XXII, 49) se escribe que «Josefat (875-851) construyó naves de Tarsis para ir a Ofir en busca de oro pero no fueron porque las naves se destrozaron en Asiongaber».

Otros diversos pasajes de la Biblia aluden a este comercio y a las naves de Tarsis; así como lo vemos en el Salmo 72, datado hacia 650, y en pasajes de libro de Isaías (II, 16), donde se menciona la caída y destrucción de Tarsis: «Gemid, naves de Tarsis, vuestro puerto está destruído». Schulten demostró que el nombre de Tarsis, forma semítica de las fuentes bíblicas, no es otro que el de Tartessos, forma de las fuentes griegas, en las que se repite el sufijo *-ssos*, tan frecuente en la toponimia minorasiática. Por todo el Mediterráneo se acusa frecuentemente este sufijo *-ssos*, en topónimos asignados por los mercaderes que hacían la ruta Iberia-Oriente. No olvidemos a este respecto que los tirrenos o tartesios habrían llegado a Iberia desde Asia Menor. El sufijo *ssos* es peculiar de las gentes egeas y de Asia Menor entre 1400 y 1200; massienos y tartesios serían sus divulgadores en Iberia, donde se registra una gran cantidad de topónimos con este sufijo.

Son varios los autores (Bosch Gimpera, Conteneau, Bérard y, recientemente, Blázquez y Culican) que dudan o niegan que la *Tarsis* bíblica sea la *Tartessos* Ibérica. Se apoyan sobre todo en la afirmación de que para el año 1000 no existía la colonización fenicia en la Península. Blázquez, por su parte, aduce como razón el que se establezcan tres años de duración para el viaje y que el marfil, monos y pavos reales se los proporcionaba la India al próximo Oriente. La verdad es que estas objeciones carecen de valor, pues la duración del viaje en tres años se explica pensando que aquellos comerciantes llevaban sus naves y se detenían en varios puertos del Mediterráneo para ampliar el campo de sus trueques, y hemos de admitir que no habrían de despreciar en estos itinerarios el comercio con el norte de Africa, en donde obtendrían ese marfil, monos y pavos reales de que nos hablan las fuentes. Por el contrario, en modo alguno podrían justificarse ni tal duración del viaje ni tales productos de comercio con referencia a los Tarsos de Cilicia. Antes bien, sabemos que los metales aflúan a Oriente desde Iberia. Y la tradición menciona en este sentido la *Tartessos* ibérica, no la *Tarsos* cilicia. La facilidad con que Jonás encuentra pasaje cuando intenta huir y embarcarse hacia Tarsis, indica claramente que la ruta de Tartessos era muy habitual y conocida en los puertos sirios y palestinos. También la caída de Tarsis en circunstancias desastrosas que menciona el profeta Isaías tiene aplicación para la *Tartessos* ibérica, pero no para

la Tarsos cilicia, de la que no tenemos noticias fuese arrasada, y menos definitivamente durante el siglo vi, según afirman los textos. Y en contra de la opinión de los que, como Bosch Gimpera, siguen pensando que faltan restos arqueológicos antiguos que atestigüen este comercio, hemos de advertir que las recientes excavaciones y estudios arqueológicos desautorizan también este argumento.

2. LOS PUEBLOS INTEGRANTES DEL REINO DE TARTESSOS, SEGUN LA TRADICION

El área ocupada por Tartessos comprendía una serie de pueblos hermanos llegados al sur. Allí se mezclaron o convivieron con pueblos preexistentes en Levante y Andalucía donde predominaban ya colonos del oriente creadores de las culturas de los Millares y el Argar. Sobre estas poblaciones vinieron nuevas gentes orientales, algunos de los cuales penetran por la costa portuguesa y la desembocadura del Tajo y otros alcanzan el río Júcar por la costa levantina. Los hallazgos arqueológicos más homogéneos, así como el área de inscripciones en lengua y escritura tartessia y no pocas coincidencias toponímicas señaladas por Hubschimid nos definen este área como propia de Tartessos o de su más directa influencia. Ello viene a coincidir en líneas generales con las descripciones hechas por los geógrafos más antiguos y viejos itinerarios marineros con referencia a la España prerromana.

Entre estos testimonios clásicos que nos describen los pueblos del reino de Tartessos figura Avieno con datos relativos al siglo vi y Hecateo de Mileto que nos da una versión del sur de la Península de hacia 500 a. C.; algo más tardíos son los datos de Eforo, de hacia 350 a. C. Los datos de Avieno coinciden, como veremos, con los últimos momentos de Tartessos mientras los de Eforo reflejan los tiempos en que el antiguo imperio ya se había disgregado en los varios reinos que se encontraran los cartagineses y romanos. Livio y Estrabón complementan el cuadro étnico andaluz.

Las tribus y topónimos más importantes que, según Avieno, poblaban la costa que bordea el Atlántico desde Galicia al Algarve son los *dragani*, los *saepbes*, *cempsi* y *conii* o *cynetes*; el país de estas gentes se llama *Ophiussa*. La región andaluza está poblada por *hiberi*, *tartessii*, *cilbiceni*, *libiofenicios* y *gymnetes*. Y en el interior los propios *tartessii*, *massieni*, *igletes*, *ileates* y *etmanei*.

Los *conii* o *cynetes* se asientan en la costa del Algarve y tienen por capital *Conistorgis*. El historiador Justino (44, 4, 1) cita un etnónimo, *curetes*, en la región de Huelva a través del cual Schulten cree recordar a los *curetes* de Creta. Aunque la verdad es que podemos dudar de que se trate de una corrupción del nombre de los *cynetes*. Los *hiberi* se extendían desde el río Anas (Guadiana) hasta

el río *Hiberus* (Tinto). Los *elbestioi* o *elbysinioi*, según Herodoto y Esteban de Bizancio, ocupaban a continuación la margen del Odiel, junto a la *Palus Herebea*, a la cual dieron nombre y quizá también a *Onoba* u *Olba* (Huelva). Hecateo llama a los *elbestioi* habitantes de *Olba* (Huelva) gentes «libias» (Jacoby, *FHG*, I, 40). Allí estaba el pueblo de los *herbi*. Vienen a continuación los *tartessii*, predominando en la costa entre Huelva y Cádiz y penetrando en toda la Baja Andalucía. Son el pueblo más numeroso de la región y los que darán nombre al imperio. Y los que en tiempos romanos conoceremos con el nombre equivalente de *turduli*; la equivalencia *tartessioi* y *turduli* se apoya sobre una vieja raíz idéntica *turtatarsis*. Los *cilbiceni* se extienden desde la desembocadura del río Tartessos hasta el río *Chrysus* (Guadiaro); de sus confines es el río *Cilbus* y también la ciudad conocida por las monedas romanas de Cilpe (¿Calpe? hoy Gibraltar). Los *igletes*, *etmanci* e *ileates* ocupan el norte del río Tartessos. Otro pueblo importante y llamado a pervivir hasta los tiempos romanos son los *massieni*, que luego en otros autores se denominaron *mastieni*, *bastieni* y *bastetani*. Los *mastieni* o *massieni* ocupaban una muy amplia zona que se extendía por el sur del Betis en la alta Andalucía y por la región levantina llegaban hasta *Massia* (luego Bastia), donde se asentaba su capital; ciertas ciudades antiguas, como *Bastia* (Baza), recuerdan a estas gentes. Y también parece recordarles claramente el étnico *maesseses* que Livio menciona junto a Jaén; así como ciertos topónimos en *Bast-* (*Bastiana* de Sevilla, *Bastianes* de Granada), frecuentes en la región en la actualidad. La *Massia* citada por Avieno está en la costa levantina cerca del cabo de Palos, sobre el lugar que luego ocupara Cartago Nova. Los *libio-fenicios* se asientan sobre la estrecha franja costera que entre el Mediterráneo y el Sistema Penibético se extiende desde el estrecho hasta Almería. Luego se les llamará *blastofenicios* o *bastulofenicios*, sin duda haciendo alusión a su hibridismo racial de bastetanos o mastienos con fenicios. A su vez, desde el cabo de Palos (*Treie* en Avieno) hasta el río *Sicanus* (Júcar) ciertos autores sitúan a los *gymnetes*, nombre de una tribu que Avieno cita también en la costa del Algarve, acaso erróneamente.

Lo más probable es que toda esta toponimia tenga su punto de arranque en la definición política y económica que bajo el imperio de Tartessos sufre toda la región y la Península entera en virtud de sus relaciones comerciales. De la época de Tartessos es también toda esa toponimia sufijada en *-oussa*, que tempranamente vemos abundar en estas costas y que García y Bellido atribuye a antiquísimas colonizaciones helenas del siglo IX a. C., al menos: *Akra Ophiousses* (Lisboa), tierra de *Ophioussa*, *Kalathoussa* (cerca de Huelva), *Kotinoussa* («isla de los acbuches», en Gadir), *Oinoussa* (cerca de Cartagena), *Pityoussa* (junto a Málaga). Así también las Baleares y muchos puntos del Mediterráneo llevan este sufijo significativo del comercio con Oriente. Es bien conocida la abundancia de topónimos

con este sufijo en Asia Menor y Grecia con referencia a toponimia pre y proto-helénica. Es probable que fueran los Pueblos del Mar llegados a España sus difusores.

Dentro del reino de Tartessos las fuentes tardías empiezan a denunciar la presencia de pueblos celtas que no debieron llegar a la región andaluza antes del siglo VI a. C. Entre ellos cabe citar a los *cempsí*, que eran probablemente ya una avanzada de pueblos celtas llegados a la región del Guadiana en los tiempos del siglo VI; también se citan para el s. VI a. C. algunos celtas penetrados en el ámbito del reino de Tartessos, como los *celtici* del Algarve y otros *celtici* del sur de Cádiz, junto al estrecho. De estos celtas han afirmado muchos autores que constituirían el elemento disolvente o que serían ellos mismos destructores del imperio político de Tartessos.

Varios nombres de Andalucía antigua recuerdan que esta penetración céltica fue efectiva: *Nertobriga*, *Turobriga*, *Mirobriga*, *Segida*, *Arialdunum*, *Brutobriga*, *Obulco*. Según varios autores, entre ellos Tovar, también los *cynetes* serían celtas; y celtas indudables son otro pueblo asentado en las fuentes del Guadalquivir y Guadiana, los *beribraces*, ya citados en Eforo hacia 350 a. C., pero no aún por la fuente de Avieno ni por Hecateo en el año 500 a. C. Según Plinio (23-79 a. C.), que había visitado Hispania, todavía en sus tiempos estos pueblos celtas del mediodía conservan sus peculiares costumbres. Sin embargo la rapidez con que la Bética se romanizó indican que tal elemento celta en Andalucía debió ser numéricamente reducido. Y, en consecuencia, que tampoco debieron ser ellos la causa de la caída de Tartessos. De su reducido número es buen testimonio el que la cultura tartesia mantuviera, como veremos, una gran uniformidad en todos los órdenes, antes y después de la llegada de estos celtas.

3. PUEBLOS DEL MAR EN LA PENINSULA: MASTIENOS Y TARTESIOS

a) LOS PUEBLOS DEL MAR EN ORIENTE.—A partir del 2200 a. C. aproximadamente y a lo largo de todo el II milenio a. C. hubo una serie de emigraciones sobre Grecia. Eran gentes de raza indoeuropea que procedían de la región del Danubio. En oleadas sucesivas, no bien precisadas por los historiadores, Grecia continental y las islas de Egeo quedaron superpobladas, al sumarse a las viejas poblaciones estas nuevas gentes (jonios, eolios, aqueos). Tal reiterada afluencia de emigrantes produjo, a su vez, emigraciones en cadena desde el continente a las islas del Egeo para terminar repercutiendo sobre las costas de Asia Menor. Ya durante el siglo XV antes C. vemos a los aqueos aparecer en Lidia; y, descosos de expandir sus límites territoriales, presionar sobre el imperio hitita. El siglo siguiente será testigo

de las duras luchas que Mursil II (1339-1306), entre otros reyes hititas, tendrán que efectuar para doblegar a los inquietos aqueos que dominan la costa minorasiática. Todos los excedentes de población griega y de las costas de Asia Menor, constituidas en bandas guerreras y dotadas de una sólida marina, son los que integran los llamados por los antiguos «Pueblos del Mar» o «Guerreros del Mar y del gran océano del Norte».

Son conocidas las vicisitudes que hubo de soportar todo el Oriente, particularmente el imperio hitita, ciudades de la costa sirio-palestina y Egipto bajo las correrías de estos pueblos que buscan un lugar donde asentarse. Entre tanto lo consignan, satisfacen a su subsistencia con el saqueo y la rapiña o sirviendo en ocasiones como mercenarios de las grandes potencias. Hacia 1450 tenemos testimonio de sus primeras incursiones sobre Egipto. Otra vez en 1308 atacaron las ciudades de Delta y el faraón Seti I hubo de combatir duramente para expulsarlos; las fuentes egipcias nos describen gráficamente a los «Pueblos del Mar»; precisan que son rubios, de ojos azules, piel clara; es decir, no son negros ni libios sino indoeuropeos. Las correrías de estos pueblos guerreros marineros por las costas de Anatolia, Chipre y Siria, son infinitas y terriblemente devastadoras. En 1295 combaten al lado del rey hitita Muwatalis contra los egipcios en la indecisa batalla de Kades. Se citan en esta ocasión entre los «Pueblos del Mar»: *danaunas, tursa, akauas, luku, masauas, sakaes, sardanes, peleset*. Son los pueblos que más tarde reconoceremos como *danaos* de Cilicia, *tursenos* o *etruscos* de Etruria y sur de Iberia, *aqueos* de las costas del Egeo, *licios* de Licia (Asia Menor), *massienos* o *mastienos* de Iberia, *sículos* de Sicilia, *sardos* de la antigua Sardinia (Cerdeña), *filisteos* de Palestina.

Después de la batalla de Kades se quedaron merodeando por las ciudades costeras de Siria y en estos años de 1295-1200 a. C. acusan su presencia perturbadora sobre todo en Canaán y Siria. Ellos provocaron la caída del imperio hitita hacia 1200 a. C. Las excavaciones arqueológicas evidencian también la destrucción de algunas ciudades sirias como Alalak y Ugarit, que no volverían a rehacerse de sus ruinas; otras como Jaffa, Asdod y Askalon fueron reconstruidas por alguno de estos Pueblos del Mar, que allí se asentaron; Dor, junto al monte Carmelo, se convirtió entonces en la capital de los *zakkere*, quienes, según el relato del contemporáneo viajero egipcio Wenamum, eran gentes de uno de estos Pueblos del Mar. A favor del caos que habían sembrado, los hebreos pudieron abrirse camino en las tierras del Jordán a costa de cananeos y filisteos. Las tierras sirias y palestinas fueron incapaces de albergar a tantas advenedizas gentes. Además, habían quedado fuertemente empobrecidas por las luchas entre egipcios e hititas y por las correrías o saqueos de estos Pueblos del Mar. Por eso intentaron los Pueblos del Mar ocupar de nuevo las ricas tierras de Egipto que va a ser la codiciada meta de

las reiterados ataques que harán por mar, partiendo de las costas de Palestina o Libia, donde algunos de ellos se han asentado temporalmente.

Sabemos que en 1285 Ramses II los vence y expulsa de las tierras del Delta. Otra vez atacan inútilmente en 1230. En más de una ocasión del reinado de Ramses III (1182-1151) nuevos ataques surgen de las costas cananeas y libias contra Egipto, que pudo conjurar el peligro, pero no pudo impedir que se produjera el fin de su dominio en Palestina. Los Pueblos del Mar, que habían provocado hacia 1200 la caída y desaparición del imperio hitita, señalaban ahora el fin del poderío exterior egipcio en Palestina. Egipto mismo hubo de hacer verdaderos esfuerzos para mantener su amenazada integridad nacional. Es curioso que, para asegurar el éxito de sus ataques a Egipto, los Pueblos del Mar hayan buscado asentamiento en las tierras de Libia. Uno de esos asaltos a Egipto, que hubo de rechazar Ramses III, tuvo lugar en el quinto año de su reinado, hacia 1175. Los ejércitos atacantes entonces estaban integrados por *libios*, *masauas* y *seped*, tres pueblos que posteriormente veremos en Iberia, mientras que en el ejército egipcio combaten como mercenarios los *sardanes*. En 1160 Ramses III soporta el último ataque de los Pueblos del Mar; en esta ocasión se cita como combatientes sólo a los *masauas*, capitaneados por su jefe epónimo *Meserer*; los guerreros, como en otras ocasiones, iban en sus naves acompañados de mujeres e hijos, porque buscaban tierras donde aposentarse. Los egipcios, tras rechazar el grueso de las tropas, hacen numerosos prisioneros que los faraones retendrán en calidad de guardia personal.

A partir de mediados del siglo XII, los *masauas* renuncian definitivamente a su vieja ambición de conquistar Egipto. No se vuelve a mencionar su nombre, ni siquiera se denuncia su presencia en Libia. Pero podemos seguir a partir de este momento la historia de las dos ramas en que habían quedado escindidos los *masauas*: los mercenarios de Egipto y los hasta ahora habitantes ocasionales de Libia o Palestina. Estos últimos, decepcionados de su deseo de conquistar Egipto, emigraron en sus naves hacia las tierras del Mediterráneo occidental, a Iberia, donde serían conocidos posteriormente con el nombre de *maesseses*, *masienos* o *mastienos*. Llegaron a nuestro suelo en busca de las explotaciones mineras, siguiendo rutas ya conocidas de siglos atrás por estas gentes emigradas inicialmente del Egeo. Los *masauas* arrastrarán consigo gentes hermanas de los Pueblos del Mar, *tursenos*, *seped*, *libios* y acaso también a otros pueblos cananeos, entre ellos algunos hebreos. La toponimia y la tradición posterior son, como veremos, elocuentes a este respecto.

A su vez, las dotes militares de las gentes *masauas* de Egipto les convirtió en el brazo derecho de la monarquía. Ramses III, de grado o por fuerza, fue concediendo privilegios y tierras a estos mercenarios *libios*, *masauas* y *sardanes*; su vida exclusiva era la milicia. Hacia el año 1000 un jefe del ejército *masauas*, *Se-sonq*, casa con una reina viuda; en 950 a. C. un hijo de este matrimonio, de nom-

bre Sesong, accede al trono y funda la XXII dinastía. El poder va a permanecer en manos de hombres de raza indoeuropea y costumbres feudales y aún persistirán durante la dinastía XXIII, por un tiempo total de 220 años. La facilidad y frecuencia con que los faraones egipcios intervienen por entonces en Canaam o Fenicia y no en son de dominio, como tradicionalmente lo hiciera Egipto en estas tierras, sino en plan de árbitros, primordialmente, tiene explicación en el hecho de que todavía pululaban por las costas fenicias diversos Pueblos del Mar; y entre ellos el recuerdo de hermandad aún prevalecía. También este recuerdo de hermandad hará que en este círculo de estados y ciudades estrechamente vinculados se establezca una línea amplia de relaciones comerciales y de conocimientos con la Península y que entre egipcios y hebreos se conozca hacia 950 a. C. el nombre *Mesech* y practique abundante comercio con *Tarsis*.

En este mismo sentido nos hablan las afirmaciones del historiador D. Harden para quien entre los fenicios de Tiro y Sidón hubo fuertes contingentes de micénicos o Pueblos del Mar a partir de 1200 a. C. Entiende Harden que sólo con la presencia de estos tradicionales marineros del Egeo en Fenicia se explica el desarrollo tala-sócrata de Tiro por todo el Mediterráneo; actividad marinera que hasta el 1150 a. C. había quedado inédita. Y, en consecuencia los fenicios habrían venido a Gadir en pos de massienos y tartesios, sus pueblos hermanos, ya tradicionales conocedores de Iberia.

b) LOS PUEBLOS DEL MAR EN ESPAÑA.—Ya Schulten defendió hace años las tesis de que el sur de España había sido objeto de una importante colonización hacia 1000 a. C. por parte de gentes *etruscas*, *tirsenos* o *tyrrenos*. Tal colonización, en su opinión, partiría de Italia y se produciría como resultado de los viajes de comercio que los etruscos hicieran por los países del Océano Atlántico. Luego algunas gentes, según Schulten, habían optado por asentarse en las ricas regiones mineras del sur dejando en ellas, así como en otros hitos de su navegación, recuerdos de su toponimia y civilización. Así se explicarían onomásticos de la antigua Andalucía de indudable raigambre etrusca: *Attenes*, *Culchas*, *Velgan*, *Tuscus*, *Carmo*. Y sobre todo el bíblico *Tarsis*, denominación hebrea de nuestro *Tartessos* y también réplica de nombres lidios o etruscos como *Tyrra*, *Tursa*. La identidad lingüística entre la *Tarsis* bíblica y la *Tartessos* ibérica parece suficiente demostrada por Schulten. Las relaciones comerciales —como más adelante especificaremos al hablar del comercio de *Tartessos* con Oriente— descartan la posibilidad de que en los textos bíblicos de los tiempos de Salomón se aluda a otra ciudad que a la capital de *Tartessos*. Los *tirsenos* o etruscos serían en definitiva, los fundadores del reino y ciudad de *Tartessos*. Y restos de otros centros etruscos de comercio en la Península se encontrarían en topónimos como *Tarraco*, *Dercenna*, *Sucro* (Júcar).

Encuentra también otra prueba clara de que los etruscos nos legaron su lengua y escritura en las inscripciones de la antigua España meridional: la palabra *xaronab* se repite en estelas funerarias y significaría «sepultura»; análoga palabra encontramos en la lengua etrusca de Italia, en el *zeronai* de la famosa inscripción etrusca de Lemnos y en el griego *ζήρωνος* significando «cueva de muertos». También el nombre del rey tartesio *Argantonios* sería la réplica de la raíz etrusca *arcti*. El supuesto de Schulten exige, con todo, una precisión: los elementos etruscos de Iberia no proceden de Italia, sino directamente de Asia Menor o del Egeo. Por lo demás, su tesis es aceptable y se confirma, como veremos, con otros argumentos.

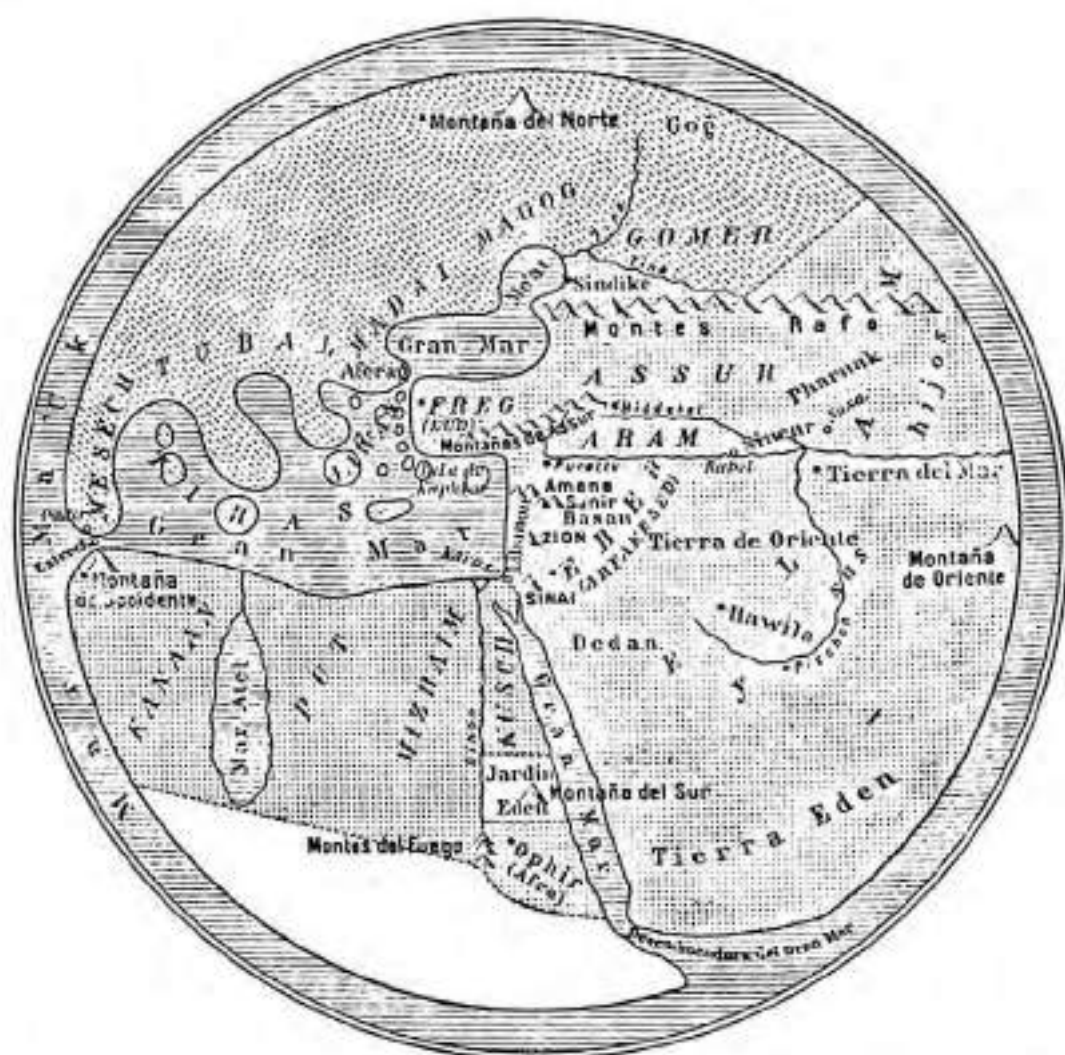


Fig. 2.—Reconstrucción del mapamundi de hacia 950 a. C. conforme a la descripción del Libro de los Jubileos y el Génesis, según Herrmann y García y Bellido.

A través del estudio comparado de la toponimia prerromana hispánica, Hubschmid llegó más recientemente a conclusiones similares. Supone que las inscripciones tartesias fueron obra de un pueblo venido de Asia Menor y que serían los que difundieron en la Península ciertos topónimos minorasiáticos como *Calpe*, *Cilbus*, *Carissa*, *Telmessos*. También a ellos se debería la difusión de los sufijos pregregos *-ssos* y *-nt* por la geografía ibérica, tal como antes hemos hablado. Pero esta difusión de topónimos y sufijos minorasiáticos por parte de la Península han hecho suponer a Hubschmid una extensión de los invasores mayor que la que autorizan los hallazgos de inscripciones tartesias. Ya que tales inscripciones nos sobrepasan la desembocadura del Tajo, la línea de Sierra Morena y el curso del Júcar en la costa levantina. En definitiva, habría que reducir la presencia de pueblos orientales al mediodía peninsular. Y, ciertamente, en lo que respecta a las coincidencias toponímicas que con Asia Menor se registran fuera del ámbito meridional (*Tarraco*, *Astura*, *Numantia*), habríamos de explicárnoslas o por simple préstamo —a través del comercio pero practicado por los propios etruscos de Tartessos— o como herencia de un substrato étnico anterior y común a todo el Mediterráneo, del que tanto las gentes de Asia Menor como las de Italia e Iberia fueron partícipes.

La raigambre etrusca de varios pueblos de la España meridional prerromana aparece ya en la tradición escrita griega y romana. Es bien explícito el texto de Diodoro (5,20, recogiendo una afirmación de Timeo), que dice que los *tirsenos* llegaban en sus viajes hasta Madera. Y en diversos pasajes de geógrafos e historiadores se identifica a los *hispani* o *hiberi* como *tirreni* (*Chronica minora* de Mommsen, I, 96; *Geographi latini minores*, 107 y 171). Estos son los *hiberi* que Avieno sitúa en Huelva, lugar donde efectivamente debió estar Tartessos, centro geográfico de las gentes tartesias o tirrenas. En todo caso ya veremos como los testimonios aportados por Schulten y Hubschmid reciben hoy confirmación por el estudio de la cultura y la lengua de Tartessos. Estos estudios de la arqueología (García y Bellido, Blázquez, Maluquer), de la filología (Gómez Moreno, Tovar), de la evolución cultural (Caro Baroja), avalan la clara presencia en el sur de poblaciones orientales de raigambre indoeuropea en fechas que pueden anticiparse a los comienzos del milenio antes de Cristo.

No fueron los etruscos minorasiáticos los únicos emigrantes. También la presencia de los *masaues* se puede ver bastante claramente a través de ciertos testimonios bíblicos y de los relatos egipcios, en fecha próxima al 950 a. C. Hay una confusa y discutible alusión en el *Génesis* (X, 2) en la que parece aludirse a ciertos étnicos ibéricos cuando se cita entre los hijos de Jafet, que poblaron Europa, a *Mesek* y *Tarsis*; estos étnicos bíblicos bien pueden ser el recuerdo de los más antiguos topónimos ibéricos *Mesech* y *Tartessos*.

La alusión a nuestro suelo es segura en un documento más preciso y concreto,

en el *Libro de los Jubileos*, fechado hacia 950 a. C. en el que se nos trasmite esta descripción del extremo occidental mediterráneo: «Y para *Mesech* viene como sexta parte toda la orilla más allá de la tercera lengua (Península Italiana), la que alcanza hasta el oriente de Gadir». Es, por otra parte, evidente la identidad de este topónimo referido al sur de la Península Ibérica con aquellos *masauas*, «Pueblos del Mar», también transcrito *meseues*, en los textos egipcios (sobre un originario *msws*). Ya hemos visto que en *Meserer*, caudillo epónimo de los *masauas* y padre de Sesonq I, se registra esa misma alternancia vocálica característica de las lenguas semitas. La pervivencia de este topónimo en las tierras ibéricas del sur se atestiguan en los testimonios griegos del siglo VI recogidos por Avieno que nos sitúan a gentes herederas de aquel topónimo, los *massienos* con su capital *Massia* (posteriormente aparecerán como *mastienos* y *Mastia*, *bastienos* y *Bastia*).

Todavía en el siglo I un texto de Tito Livio cita a los *maesseses* en la región de Orongis (hoy Jaén). En tiempos romanos algunas ramas de los *massienos* se reconocen como *mastienos* y su capital *Mastia*. También troncos de este pueblo o pervivencia evolucionada de la antigua forma son los étnicos y topónimos *bastuli*, *bastetanos* y *Bastia* (Baza); los *blastofenicios* son, sin duda, mezcla de antiguas gentes mastienas con los colonizadores fenicios de la costa de Málaga y Almería. Que la población mastiana llegada por mar fuera numéricamente intensa y poderosa en la región andaluza y del sudeste lo demuestra esta amplitud y pervivencia de su onomástica. Todavía hoy existen dispersos algunos topónimos que los recuerdan en *Bastianes* (Granada) y *Bastiana* (Sevilla).

Sobre la antiquísima presencia de gentes de raigambre egea en nuestro medio día hay otros testimonios de la tradición dignos de tenerse en cuenta; por de pronto un pasaje de Estrabón (III, 5), nos habla claramente de que la fundación de Gadir en 1104 a. C. había sido precedida por una relativamente intensa ocupación de las tierras del estrecho por parte de gentes griegas. Concretamente nos indica que Onoba (Huelva) ya había sido ocupada por griegos.

Ya desde el principio la tradición clásica acerca de estos pueblos los define en dos áreas geográficas: la de los etruscos o *tartesios* en la baja Andalucía y el Algarve portugués y la de los *massienos* en la alta Andalucía y región del sudeste con penetración en el Mediterráneo. También, como veremos, se distribuyen en dos las áreas de inscripciones similares por su tipo de escritura y se adivina también la correlativa diferencia de lengua que hablarán respectivamente. Son gentes ambas indoeuropeas, según atestiguaban las fuentes egipcias que los calificaban como venidos del norte de Egipto (de Creta, Grecia y Asia Menor) y los describen como rubios de tez clara, altos. Y la lengua que estos pueblos dejaron en inscripciones tartesias, a juzgar por los datos que luego aportaremos, delatan no pocos elementos

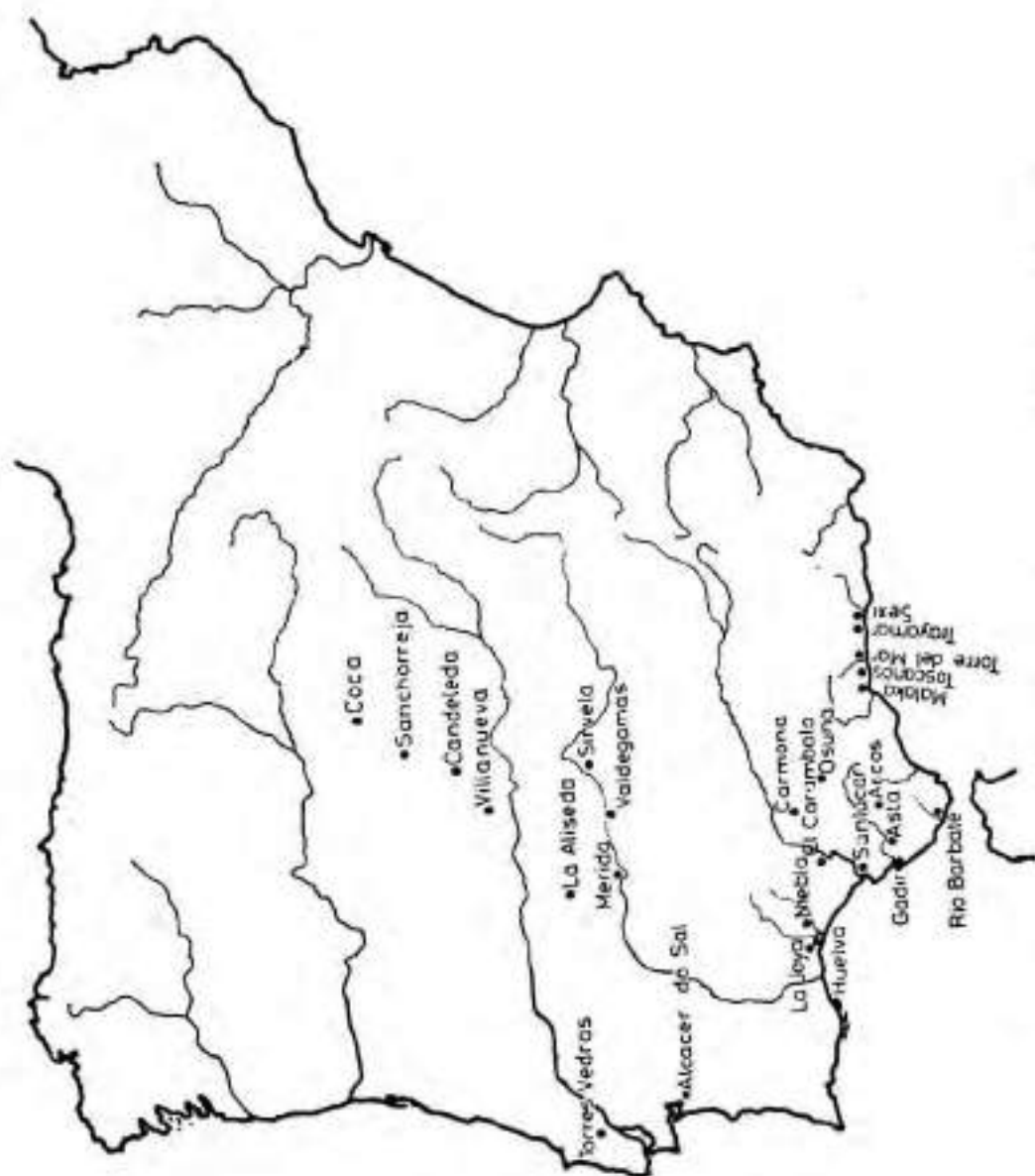


Fig. 3.—Distribución de los hallazgos de bronce orientalizantes, según Blázquez.

indoeuropeos: *zaronab*, *Argantonios*, sufijo *-be*, toponimia sufijada en *-ssos* y *-nt*, estructura de las frases con flexión y declinación.

c) OTROS PUEBLOS DEL MAR Y DEL ORIENTE EN LA HISPANIA TARTESIA.— La descripción de Avieno incluye con los *tartessos* y *massienos* otros pueblos del mediodía: *hiberi*, *libiphoinices*, *elbestioi*, *saephes*, *cynetes*, *libi*. Todos ellos, así como una serie de topónimos también citados en Avieno para esta región, nos su-



Fig. 4.—España del s. IV a. C. descrita por Eforo, según A. García y Bellido.

gieren una clara vinculación del antiguo dominio de Tartessos con poblaciones del cercano Oriente mediterráneo. Y estas coincidencias onomásticas —algunas de ellas como veremos muy discutibles— nos inclinan a pensar que los Pueblos del Mar llegarán a la Península profundamente mezclados y arrastrando consigo población varia de entre las que habitaban en Oriente cuando realizaban sus insistentes ataques sobre Egipto; de Libia y Palestina especialmente. Así los *saephes*, que Avieno y las fuentes posteriores sitúan en el Tajo, nos recuerdan a los

seped, que estaban unidos a los *masauas* en Palestina y Libia cuando estos atacaron a Egipto en tiempos de Ramsés III. Los *hiberi*, localizados en Huelva junto al río *Hiberus* (Tinto), eran posiblemente un grupo de los *khabiru* o hebreos que pululaban en el siglo XII por Palestina en busca de patria, justamente cuando por allí se movían los *masauas*. Hecateo, por su parte, nos recuerda que los *elbestioi*, localizados en Olba (Huelva), eran gentes libias; la hispana *Elibyrge* debió corresponder a sus dominios (Schulten, *FHA*, I, 186). También en Estrabón y Plinio (*NH*, III, 8),



Fig. 5.—España hacia el año 500 a. C. según los datos de Hecateo de Mileto, según García y Bellido y Bosch Gimpera.

se cita a los *pharusii* como compañeros de Hércules en sus viajes a las Hespérides; y estas gentes, que otros varios autores citan como *persae*, bien pudieran ser un grupo de *peleset* o filisteos, gentes también de los Pueblos del Mar citados por documentos antiguos y que en bloque terminaron por asentarse en Palestina. Análogamente los *libios* y *libiofenicios*, de los que dice Avieno poblaban la costa gaditana, malagueña y de Almería no pueden ser poblaciones establecidas en el siglo VI como resultado del comercio, sino gentes venidas masivamente, lo

cual hubo de producirse al margen de este comercio fenicio; serían por consiguiente gentes arribadas con motivo de la llegada de los pueblos tartesios y massienos hacia 1150 a. C. Ciertos topónimos, por otra parte, son sintomáticos de reproducir en la Península el ambiente libio egipcio que respiraban los Pueblos del Mar: el *Mons Cassius* de las proximidades de Tartessos recuerda el idéntico topónimo egipcio de cerca de Pelusium. Junto a Málaga estaba la isla *Noctiluca* consagrada a la diosa *Neit*, que es una divinidad egipcia muy en boga por la época de las mencionadas invasiones de los Pueblos del Mar.

Parece, en consecuencia, que hayamos de admitir que algunas poblaciones de Oriente acudieron a nuestro suelo como acompañantes de los massienos y tartesios.

4. LA MONARQUÍA DE TARTESSOS

a) LOS REYES MÍTICOS.—Los escritores griegos, apoyándose en relatos de gentes del mar conocedoras de las tradiciones relativas a la España meridional, reconstruyeron una antiquísima mitología tartesia. Ya hemos mencionado algunas probables alusiones que hicieran a través de los viajes de Ulises, refiriéndose a los primitivos tiempos de Tartessos. Muy poco después, en el siglo VIII, Hesíodo define la genealogía mítica de los reyes tartesios (*Teogonía* 287) cuando hace a su rey *Gerion* antagonista de Hércules en su famoso viaje a Occidente. Fue Gerion descendiente de Océano y Callirrhoe, por una parte, de Crysaor y Medusa, por otra. Era dios-rey tricéfalo, que en desigual combate con Hércules se vio despojado de sus famosos bueyes rojos íberos. Hércules los embarcó en sus naves para transportarlos a la poderosa Micenas. Así pues, es Gerion —aunque rodeado de aureola mítica— el primer rey tartesio de nombre conocido. Su cronología se retrotrae a los tiempos micénicos del siglo XII a. C. coincidentes con la llegada de los dorios adoradores de Hércules a Micenas. Lo cual sincroniza bien con los orígenes de Tartessos y la llegada de los tartesios y massienos a nuestro suelo.

Destaca en el mito de Gerion su carácter pacífico y pastoril como eran tradicionalmente los tartesios. Ejerce su soberanía sobre un país rico en oro y sobre tierra de exuberante agricultura. Y de los fundamentos de semejante mito nos habla el hecho de que ocupara Gerion un lugar preeminente de la tradición griega. Y aún en la historia, pues todavía en las fuentes geográficas del siglo VI que informaran a Avieno se recuerda la existencia de una fortaleza entre Gadir y Tartessos con el nombre de *Arx Gerontis*.

Otro legendario rey tartesio al que la tradición le atribuye hechos con grandes visos de realidad es *Norax*, nieto de Gerion. Solino nos informa que llegó con sus naves a Cerdeña, en donde fundó el emporio comercial y ciudad del mismo nombre.

Nora. Esta atribución va muy de acuerdo con el carácter comercial que desde muy antiguo mantuvieron los tartesios y que, según Maluquer, fue particularmente intenso por todo el Mediterráneo y en especial con esta isla.

Paralelamente a esta dinastía tartesia existen noticias respecto a otra dinastía legendaria. El historiador Justino (44, 4, 1) nos habla de los reyes que gobernarán a los curetes (quizá escrito en lugar de cunetes o conii), tribu tartesia cuyo nombre repite el de los habitantes de Creta, desde donde habían iniciado sus correrías los Pueblos del Mar. Justino hace sólo mención a dos reyes curetes: *Gargoris* y *Habis*. Se trata de reyes cultos y civilizadores, pues *Gargoris* fue el inventor de la agricultura y enseñó a sus súbditos a obtener miel en los bosques tartesios. Nieto suyo fue *Habis*, cuyo nacimiento e infancia están envueltas de leyendas; se dice que fue fruto del incesto de *Gargoris* con una de sus hijas; y el rey, para borrar su vergüenza, le expuso a las fieras y fue amamantado por una cierva. Finalmente, su abuelo, constatando su divino destino, le reconoció como rey de su pueblo. Desde entonces *Habis* reinó felizmente y realizó una extraordinaria misión civilizadora entre su pueblo. Inventó el arado tirado por bueyes; dictó sabias leyes; organizó la sociedad distribuyendo al pueblo en siete clases, la primera de las cuales venía constituida por una casta noble dirigente, exenta de trabajo y dedicada a las armas y custodia del pueblo.

De estas dinastías y tras varios monarcas, cuyos nombres no nos recoge la tradición, pasamos al más famoso de sus reyes, *Argantonios*, con caracteres ya plenamente históricos. Al advenimiento de *Argantonios*, Tartessos había conformado ya un auténtico imperio territorial.

b) LOS REYES HISTÓRICOS.—Poseemos muy pocos datos directos acerca de la extensión del imperio de Tartessos. En la *Obra Marítima* de Avieno, sobre datos del siglo VI, se nos dice al hablar de la región del cabo de Nao: «aquí estuvo en otro tiempo el límite de los tartessios». Y Teopompo hacia 248 a. C., afirma: «la tierra de Mastia (Cartagena) está sometida a los tartessios». En el ámbito de Tartessos hay que distinguir el área del dominio real, que nunca pasaría del curso de los ríos Guadiana y Júcar de la España actual, mientras en territorio portugués debió comprender al menos todo el Algarve. Su influencia cultural y área de comercio —a juzgar por los datos de la arqueología y toponimia— debieron ser mucho más amplios y particularmente intensos sobre los centros mineros galaicos y de Cataluña y Aragón. Pero cuándo y cómo se configuró este imperio es algo sobre lo que las fuentes clásicas guardan absoluto silencio.

Datos seguros poseemos sobre su rey *Argantonios* que debió nacer hacia 630 antes C., ocurriendo su muerte hacia 550 a. C. Sobre su proverbial longevidad dice el poeta Anacreonte: «yo no quisiera el cuerno de Amaltea ni reinar 150

años en Tartessos». Herodoto, con criterio de historiador, trata de racionalizar la leyenda limitando su reinado a 80 años y a 120 la duración de su vida. Es evidente que la tradición clásica respecto a Argantonios tendió a convertirle en el prototipo de la edad de oro de la humanidad: rey longevo, dueño de un país pacífico y feliz dotado de inmensas riquezas. Su mismo nombre era propicio a hacer una etimología popular a través del griego *argyros* «plata»; era, pues, el Creso de Occidente. Y de esta superabundancia tradicional en metales preciosos de los tartesios hacen nacer ese rasgo de generosidad que Argantonios tuvo con los focenses, al ofrecerles dinero suficiente para levantar murallas con las que defenderse del ataque de los persas.

En tiempos de Argantonios sitúa Herodoto el viaje de Kolaios de Samos a Tartessos, de donde llevara sus naves cargadas de inmensas riquezas. Y probablemente tuvo lugar también en sus tiempos la fundación de Mainake por los focenses. Estos frecuentes viajes y amistad de Tartessos con los griegos obedece sin duda a un intento de Argantonios para liberarse del cada vez más opresivo intervencionismo de los púnicos y al deseo de obtener más lucrativos precios en sus transacciones de minerales. Pero esta política filohelena encontraría una pronta represalia por parte de Cartago, pues, a partir de la derrota de los focenses en Alalia (años 535 a. C.), Tartessos se irá eclipsando bajo el implacable cerco de Cartago hasta provocar su colapso y total desaparición. Desde los años 500 a. C. Tartessos dejará de existir como imperio unificado y posiblemente como ciudad. Al menos inició entonces su decadencia, si es que no acaeció su ruina y destrucción.

c) CARÁCTER DE LA MONARQUÍA.—Aunque por ahora desconocemos las ruinas de Tartessos, es un hecho histórico que esta ciudad llegó a convertirse en un gran centro urbano, según recordaran las vagas alusiones a la Atlántida en Platón. La transformación de aquel pequeño núcleo tribal que fuera Tartessos bajo la civilización dolménica hasta 1200 a. C. se explica por una triple circunstancia: el desarrollo de la industria de extracción y comercio de metales a partir de la presencia fenicia en Gadir y en otros centros sudibéricos; la propia participación tradicional de los tartesios en el comercio de metales, tanto por el Atlántico como por el Mediterráneo; la consiguiente concentración del poder y estructuración del pueblo en sociedad apta para este desarrollo económico. La presencia de los tirsenos en su área geográfica actuó de elemento aglutinante y organizador de la sociedad resultante, mezcla de indígenas y advenedizos del Oriente. Pero estas gentes llegadas del Oriente eran mayormente de raza indoeuropea que aportó —como lo hiciera por doquier en el Mediterráneo... nueva sangre con sentido jerárquico, de disciplina y organización. Bajo este signo fue viable el desarrollo urbano de la propia Tartessos y posteriormente de todo el imperio que Tartessos lograra. Pudo así

surgir una ecúmene importante que, según los testimonios clásicos, llegó a estar constituida por no menos de 200 ciudades.

Ven también los etnólogos que el imperio de Tartessos copió en su estructura imperial el régimen de ciudades-estados que caracteriza la vida urbana del Egeo, Chipre o costa de Siria y Palestina. Y este hecho añade un testimonio más de la procedencia oriental de los creadores del imperio de Tartessos.

El concepto territorial del estado de Tartessos debió iniciarse desde el momento mismo en que los tursenos pusieron pie en nuestro mediodía, no mucho después de 1160 a. C. Fue varia su amplitud y solidez a lo largo de su duración, siete siglos aproximadamente, pues debió desaparecer hacia 500 a. C. En ocasiones alcanzaría los límites máximos que Avieno le asigna y esto debió ocurrir en tiempos de su mayor gloria, coincidiendo con el reinado de Argantonios. Pero en ciertas ocasiones los fenicios debieron dominar parte de las costas. Precisamente cuando acaece la caída de Tiro y Sidón en manos asirias, a fines del siglo VIII, la Biblia habla de la liberación de Tarsis del yugo fenicio (Isaías, XXIII, 1-14). También Estrabón (III, 2, 13) dice que los fenicios fueron en alguna ocasión dueños de lo mejor de Iberia y que muchas ciudades turdetanas les estaban sometidas. Desde luego el dominio fenicio sobre la franja costera que va desde el estrecho a Almería debió ser bastante permanente. Avieno declara esta región poblada por libio-fenicios hacia 600 a. C. También la necrópolis de Almuñécar, de hacia 750 a. C., evidencia una población enteramente fenicia; y lo mismo Toscanos.

Las relaciones de Tartessos con los fenicios no fueron siempre cordiales. Macrobio recuerda que Theron, rey tartesio, ambicionaba las riquezas de un templo fenicio de Gadir, de las que inútilmente trató de apoderarse. Esto según Maluquer debió ocurrir en los tiempos postreros de la monarquía tartesia; quizá Theron era rey hacia 535 a. C., precisamente en tiempos de la batalla de Alalia, cuando Tartessos desapareció para siempre, víctima de los ataques de Gadir y sus aliados de Cartago. Poco después los Cartagineses prohibían a Roma y a sus aliados griegos todo viaje hacia el mediodía ibérico. Serían los tiempos, justamente, en que los púnicos estaban ahogando o habían exterminado ya el poderío competitivo comercial de Tartessos. La ciudad griega de Mainake aliada a Tartessos sucumbiría también en estos momentos. De entonces en adelante serían los reyes turdetanos los que ostentarán el poder sobre pequeñas regiones; superiores al estado ciudad griego, pero sin que en todo caso consiguieran englobar grandes territorios o numerosas ciudades en sus dominios. Cartago se encargaría de impedir que los intentos de unión o sumisión por los reyes más poderosos se hiciera realidad. Hasta los tiempos romanos se mantuvo este tipo de ciudad-estado tartesia con régimen monárquico típico.

Carácter esencial del reino de Tartessos, según la común opinión de los

autores clásicos, fue la acabada perfección de su organización y estructura urbana. Ante todo es un reino constituido por numerosas ciudades. Hasta 200 se citan como existentes en los tiempos romanos, en su mayoría pervivencia del antiguo imperio tartesio. Además de *Tartessos*, en un dato tomado a Hecateo (500 antes C.) cita Esteban de Bizancio: *Calatbe* (junto a las Columnas de Hércules) *Elibirge*, *Menobora*, *Sixo*, *Molibdana*, *Ligustina* (ciudad ésta próxima al lago del mismo nombre en las proximidades de Tartessos). Avieno cita en la costa las ciudades de *Malaca*, *Maenake*, *Massia* y *Herna*. Caro Baroja recalca este carácter urbano de las ciudades tartesias que se veían complementadas por sus correspondientes acrópolis, puertos, murallas, fortalezas marítimas, mercado, templo. Las ciudades se asientan en puertos o en las orillas de los ríos por donde discurre el comercio de minerales, base de su economía. A propósito de Tartessos Avieno habla de los tres brazos de su río, de su puerto en la bahía y de la acrópolis próxima a la ciudad y lugar de refugio posible.

Griegos y romanos se percataron de que la monarquía tartesia, esencialmente diferente de las que se dieron entre otros pueblos de la Península, revestía un carácter complejo por el número de gentes diversas que abarca, por el sistema centralizado de la administración, por la elaboración de un estatuto social sobre grupos diferenciados jerárquicamente y por la misma complejidad económica del reino que abarca minería, metalurgia, agricultura, comercio y pesca. Esto nos explica que se rigiesen por leyes, ya desde muy antiguo, elaboradas en verso para facilitar su difusión y aprendizaje por la mayoría del pueblo. Era así la monarquía de un pueblo civilizado, no belicista como recalcan insistentemente los autores antiguos, insistiendo en que son los tartesios los pueblos más cultos de todos los occidentales. Habis pasó por ser el monarca legislador y civilizador por excelencia, el que enseñó a cultivar la tierra con arado tirado por bueyes y el que liberó del trabajo servil a la clase noble dirigente. Esta clase superior estaría constituida por el pueblo conquistador, lo mismo que lo hicieron otros indoeuropeos en el imperio Hitita, en la India, en Italia o en Grecia.

En opinión de Caro Baroja la monarquía talasócrata tartesia se asimila a las primitivas monarquías mediterráneas, concretamente a la minoica de Creta. Es decir, que una vez más se pone en relación nuestra historia de Tartessos con los Pueblos del Mar surgidos del Egeo. Y en la misma relación con Oriente nos ponen las escasas noticias que tenemos de los cultos, creencias y mitos de Tartessos.

5. ECONOMIA Y METALURGIA

Es probable que ya los fundadores del imperio tartesio, aquellos Pueblos del Mar que arribaron a la Península hacia 1150 a. C., conocieran el uso del hierro.

Sabemos que, en los últimos años en que estos pueblos se movían por el Oriente, los hititas habían conseguido dar al hierro cierta difusión, aunque todavía en la guerra de Troya el hierro seguía en la consideración de metal precioso, parejo al valor del oro. Pudieron, pues, llegar a nuestro suelo trayendo algunos objetos de hierro y su metalurgia, por más que no se deba descartar la posibilidad de que esta innovación fuese debida al posterior comercio con los fenicios; los fenicios, en todo caso, alentarían su mayor expansión e incrementarían los objetos de hierro importados, pues durante varios siglos más la elaboración del hierro quizá escapaba el conocimiento y posibilidad de las gentes indígenas, incluidas las tartesias y mastienas recién asentadas. Es muy posible que los topónimos etruscos que se registran sobre Cataluña y en dirección a las Vascongadas sean el resultado de un comercio tartesio en busca de mineral de hierro. Pero de ello falta constancia arqueológica.

De todos modos resulta difícil fijar los orígenes y difusión del hierro en la Península a base de hallazgos arqueológicos, ya que la oxidación deteriora básicamente cualquier objeto de este metal y su número, además, ha de ser mínimo, pues su posesión era privilegio de unos pocos. En consecuencia no podemos esperar hallazgos sensacionales de este metal. Por lo que se ha podido constatar con cronología segura, es evidente que podemos acercarnos a las indicadas fechas de la emigración tartesia y mastiena o, al menos, a la colonización fenicia. Así entre las magníficas piezas de orfebrería de *Villena* figuran dos objetos de hierro, cuya cronología —según su descubridor Soler García— podría fijarse hacia el año 1000 antes C.; y, siendo Villena una localidad relativamente alejada de la costa y fuera del área tartesia, podemos suponer su introducción en el solar hispano con cierta anterioridad. También en la necrópolis de la *Joya* (Huelva) encontró Garrido unos cuchillos de hoja curva, elaborados en hierro y cuyos prototipos aparecen en la Grecia micénica; representarían, en su opinión, las importaciones más antiguas de este metal a la Península. La necrópolis de Almuñécar, a su vez, nos proporciona algunos objetos de hierro de hacia 750 a. C. En definitiva, si no es seguro que el conocimiento del hierro en España pueda vincularse directamente a la llegada de tartesios y mastienos al mediodía hacia 1160 a. C., de su organización política y comercial depende su inmediata difusión.

Oro, plata y bronce son los metales preferidos en la abundante orfebrería tartesia. Menudeaban en la Península yacimientos mineros explotados desde muchos tiempos antes, sobre todo en el sur y Galicia; por doquier en estas regiones los ríos con placeres auríferos eran bien conocidos en Oriente y constituían un fuerte atractivo para sus agentes de comercio. Ya desde los tiempos de los Millares y el Argar se venían produciendo corrientes migratorias en busca precisamente de estos yacimientos mineros. A partir de la llegada de los mastienos y tartesios

a nuestro suelo y de la presencia fenicia en nuestras costas en el siglo XII a. C. el comercio de metales alcanza proporciones máximas. La arqueología es bien significativa a este respecto en confirmación de la tradición, en la que ya hemos visto que el comercio de metales salidos de Iberia hacia Oriente es un lugar común. A cambio traían objetos manufacturados de las avanzadas culturas técnicas de Oriente. Así, en Vélez-Málaga se encontró un cilindro-sello elaborado en Siria, fechado hacia 1375 a. C., según Blázquez; también en Lixus, sobre el viejo emporio comercial africano próximo a nuestras costas, apareció un escarabeo de pasta vítrea color marrón en el que se cita al faraón Amenofis III (1408-1372).

El incremento de productos de orfebrería oriental al mediodía ibérico despertó la iniciativa y habilidad de los pueblos tartesios y mastienos, que pronto imitaron el arte oriental. No podemos precisar las etapas de la asimilación de este arte por nuestras gentes, ni el momento preciso en que tuvo lugar: la mayoría de los objetos característicos han sido encontrados sin estratigrafía arqueológica y además resulta difícil discernir en qué grado son obra de nuestros orfebres o importados. Como es lógico, los primeros orfebres locales se limitarían a copiar los modelos orientales. Es muy probable que ya para el año 1000 naciera una pujante escuela de orfebres indígenas. Primero se ve que los tartesios utilizan los metales puros: oro, plata, plomo y cobre; luego el cobre es endurecido con arsénico a falta de estaño. Finalmente, ya en estos tiempos que estamos historiando en torno al año 1000 a. C., conocieron el verdadero bronce en el que forjaron múltiples objetos. Y casi simultáneamente —como hemos visto— conocieron el hierro.

Los mejores ejemplares de orfebrería son una serie de jarros globulados con boca a pico y asa esbelta terminada en una típica palmeta. Son comúnmente de bronce, de la más depurada ejecución, belleza de líneas y hechos a mano. Su altura media oscila entre los 25 cm. Hay un jarro con similar ejecución, hallado en la *Aliseda*, de vidrio, que lleva una inscripción egipcia. Otro bronce fue hallado en *Coca* a donde llegaría quizá como resultado de la rapiña practicada sobre la rica Tartessos por las gentes pobres de la Meseta. Aunque también su ubicación no muy lejos de la «Vía de la Plata», que llevaba a los tartesios hasta las regiones gallegas en busca de oro y estaño, nos permite pensar en que fuera un simple producto de comercio.

Bordeando esta «Vía de la Plata» se han encontrado la mayor parte de los jarros de bronce: *Huelva*, *Niebla*, *Carmona*, *Mérida*, *Valdegamas*, *Sirvela*, *Aliseda*, *Villanueva de Vera*, *Torres Vedras*. Otro jarro similar procedente de Extremadura o Andalucía se halla en el museo de *Valencia de don Juan* (Madrid). Maluquer sugiere que jarras análogas de plata, que se han encontrado en Etruria, procedan del comercio con Tartessos o Gadir. Es decir, que Tartessos no sólo produjo objetos de arte para su uso, sino que comerció con ellos y los extendió por las rutas co-

merciales del Mediterráneo, con Cerdeña y Etruria especialmente. Tartessos ofreció estos productos de altísima calidad a cambio de metales brutos.

Importantes conjuntos de objetos de arte y tesoros de primerísima calidad e indiscutible belleza acreditan la vitalidad del imperio de Tartessos. Sólo una ínfima parte de sus múltiples realizaciones ha llegado a nosotros. Pues, aparte de la eventualidad de los hallazgos y de las escasas prospecciones arqueológicas efectuadas hasta el presente, sabido es que cartagineses y romanos procedieron a una sistemática depredación. Por centenares y miles de kilos de oro y plata figuran consignados en las fuentes literarias; coronas, jarros, brazaletes, pendientes y joyas de todo género, en número infinito, fueron arrebatados por cartagineses y romanos a los pacíficos herederos de los tartesios. La cronología de las muestras de arte que, ocultas, han podido llegar hasta nosotros corresponde primordialmente a los siglos VIII al VI, la época del máximo esplendor de Tartessos.

En oro poseemos obras magníficas de orfebrería; unas, pertenecientes a áreas más o menos próximas a lo que fuera el imperio territorial de Tartessos; otras, halladas en área propiamente tartésica. Todas ellas delatan por su técnica un foco común meridional fuertemente orientalizado. En el área extratartésica figura como primordial el tesoro de *Villena* (Alicante). Fue descubierto en 1963 por Soler García. Lo componen primordialmente brazaletes y una magnífica vasija; en total 67 piezas con más de 9 kilogramos de oro; a las que se añaden piezas hasta otro medio kilo de plata. Unos cuencos con punteados en cenefa, concéntricos y formando estrellas, son joyas de lo más bello y llamativo. También, como muestra de la difusión hacia el norte de la orfebrería tartésica en oro, podemos, sin duda, mencionar el tesoro de *Caldas de Reyes* (Coruña). Es posible que ese hallazgo esté vinculado al comercio de oro y estaño que con aquellas regiones practicaban los tartesios.

Dentro del área propiamente tartesia o andaluza y del Algarve portugués hemos recuperado varios y primorosos tesoros, evidencia clara de su holgada economía: *Aliseda* (Cáceres), *Carambolo* (Sevilla), *Cortijo de Eborá* (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz), *Lebrija* (Sevilla); amén de múltiples piezas sueltas como las de la *Joya* (Huelva) o el disco de oro de Portugal. En la *Aliseda* no son todas las piezas de un solo y mismo momento, pues algunas fueron importadas por los fenicios; tal, una botella de vidrio con inscripción jeroglífica. Pero la mayoría son objetos tartesios: aguamaniles de plata, el famoso cinturón de oro, la diadema de oro llena de filigranas, los pendientes decorados con flores, palmetas y ruseñores, la pulsera con adornos en espiral; todas ellas son joyas primorosas. Componen el tesoro de *Carambolo* un collar, unos brazaletes, varias placas de un ancho cinturón y otras piezas de un pectoral; parecen del siglo VII a. C. y son joyas indígenas, finamente labradas, por un peso total de unos tres kilos de oro. En el cortijo de

Ebora se encontró un grupo de joyas menos importantes, pero algunas más antiguas que las del Carambolo. También los candelabros de *Lebrija* son obra maestra de la orfebrería tartesia; Almagro los fecha en el siglo VI o V. Constituyen piezas de culto para algún templo o santuario y son de gran elegancia y esbeltez que encuentran su paralelo en objetos análogos fenicios y chipriotas.

De entre las joyas tartesias elaboradas en plata, ya hemos aludido a algunas piezas del tesoro de *Villena*. Son famosos los platos de *Abengibre*, varios de los cuales alcanzan mayor interés a causa de sus inscripciones en escritura y lengua tartesia. Cabe mencionar también la existencia de diversos aguamaniles o conjuntos de jarro y palangana, alguno de ellos de muy fina factura, como los de la *Aliseda*.

En bronce hay piezas de extraordinario interés: los ya estudiados jarros, asadores y placas de cinturón. Estas placas aparecen decoradas con grifos apostados ante el árbol de la vida, con flores de loto o con otros varios motivos orientales. Es muy interesante el bronce *Carriazo*, en el que figura una diosa solar y de culto a la fecundidad. Análogos cultos reflejan otros bronces que parecen reproducir a la diosa egipcia Hathor, asimilada a la fenicia Astarté y a la Afrodita griega. Blanco Freijeiro halló en una tumba de Castulo, fechada en el siglo VI, otras tres figuraciones de esta diosa. Hermosa pieza de bronce es también el grupo de *Mérida*, integrado por un carro de cuatro ruedas, un caballo sobre el que cabalga el dueño y dos perros que persiguen un jabalí. Finalmente hay también en bronce aguamaniles o conjuntos de jarro y palangana.

También nos han procurado las excavaciones multitud de pequeños objetos de vidrio, marfil y cerámica; reflejan esta doble procedencia oriental e indígena. Hay importación masiva desde Oriente de bisutería y cerámica que termina por influir fuertemente en las obras que a su imitación efectúan los nativos. Pues hay en todo este arte una indudable aportación indígena que retrotrae a varios siglos antes su tradición y fuente de inspiración, pues ya la Andalucía megalítica realizó finos trabajos en hueso y marfil. En *Almuñécar* resulta difícil discernir los marfiles importados de los indígenas, porque era una ciudad eminentemente fenicia, donde la influencia oriental se acusa más directamente; pero en el interior se acentúa la originalidad de los nativos. También en *Bencarrón* hay bellos dibujos sobre marfil con toros, leones o animales quiméricos al estilo oriental y figuras de cazadores que nos recuerdan a los guerreros de los vasos arcaicos griegos.

En cerámica se elaboran vasos a mano, pues no se introduce el torno del alfarero hasta el siglo VII a. C. En torno al año 1000 a. C. se difunde por el mediodía una cerámica con retícula bruñida, bien documentada con estratigrafía en el *Carambolo*; es análoga a las que entonces caracteriza el área de Nora en Cerdeña, lo cual refuerza la tesis de la colonización de aquella región por los tartesios.

Todo este arte tartesio pertenece a diversos focos culturales; porque proli-

feran también las ciudades enriquecidas por el comercio. Como obras que son preferentemente de orfebres indígenas, en su mayor parte acusan comunes rasgos característicos tartesios, sin que falte en ellos cierta común influencia oriental. Hay, pues, en todo este arte tartesio un gran influjo técnico y estilístico del arte que por entonces compartía buena parte del Mediterráneo. Etruria, Cartago, Chipre y Grecia.

6. EL COMERCIO DE TARTESSOS

El estudio del comercio tartesio nos ofrece tres primordiales vertientes: el comercio propio que efectuaron *directamente* por los mares del Atlántico y Mediterráneo, las transacciones que de modo permanente realizan con los *fenicios* y las que practicaran de modo esporádico o temporalmente con los *griegos*.

a) EL COMERCIO PROPIO Y DEL INTERIOR DE LA PENÍNSULA.—Sabemos que nuestra región meridional andaluza y la costa atlántica galaicoportuguesa venían siendo zonas de navegantes consumados antes y durante la civilización dolménica y que este comercio conoció las rutas atlánticas y mediterráneas y aun penetró intensamente por diversos caminos interiores y costeros de la Península Ibérica. El cilindro-sello de Vélez Málaga, elaborado en Siria hacia 1375 a. C., es muy probable que fuera directamente traído consigo en el momento de la invasión tartesia y mastiena. En todo caso la llegada de estos consumados marinos supuso un fuerte incremento de la capacidad comercial y de relaciones con Oriente para todo el mediodía peninsular. Los tartesios situaron en la capital *Tartessos* el centro exportador de productos mineros recogidos en el Atlántico y en su propio ámbito de Huelva. *Massia*, capital y puerto de los mastienos, fue creada para dar salida en dirección a los países mediterráneos a todos los abundantes minerales de la Alta Andalucía. La tradición comercial dolménica recibió, pues, nuevo impulso bajo las gentes tartesias. Se llegó a afirmar que Tartessos poseía una poderosa escuadra cuyas áncoras eran de plata. *Massia* y *Tartessos* fueron, pues, la respuesta a la presencia de comerciantes griegos y fenicios en nuestras costas.

Por el interior de la Península es probable que los tartesios conocieran la explotación de importantes centros mineros. A la arqueología compete aclararnos esta penetración que cada día se hace más patente. El empuje tartesio hacia Levante sobre el área que posteriormente será propia de los iberos, es hoy evidente a través de los objetos de arte y de la expansión que luego analizaremos de la escritura. Por igual es evidente que recorrieron «la Vía de la Plata» hacia Galicia con Extremadura, Salamanca y Zamora como rutas intermedias. Los asadores del *Berrueco* (Salamanca), un jarro de *Coca*, el tesoro de la *Aliseda*, atestiguan esta

penetración tartesia que culmina sobre Galicia en el famoso tesoro de *Caldas de Reyes*. Son conocidas por Avieno las rutas respectivas que unen Huelva con la desembocadura del Tajo en viaje de cuatro días y el otro camino de cinco días que desde Tartessos llevaba a Mainake. Otra ruta muy frecuentada por tierra y por vía fluvial sobre el Betis unía Tartessos con los ricos yacimientos mineros de Sierra Morena. Mientras desde esta misma sierra iban minerales hacia Massia para servir al comercio mediterráneo por un camino más breve. En definitiva, grandes regiones de la Península son objeto de relación directa con Tartessos y los puertos de su imperio como centro distribuidor de oro, plata, cobre y estaño hacia el resto del Mediterráneo. Y, como advertimos al hablar de la metalurgia, otras rutas debieron buscar centros mineros del norte: la arqueología atestigüa objetos tartesios por todo el interior de la Meseta.

En la propia costa andaluza atlántica, en torno a Gadir, las recientes excavaciones vienen denunciando la presencia de múltiples centros indígenas enriquecidos por el comercio fenicio y la prosperidad general del reino tartesio: la *Joya* (Huelva), el *Carambolo* (Sevilla), *Ebora* (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz). Todos ellos son centros ya muy florecientes en el siglo VII y muestran, junto a productos indígenas, toda clase de joyas y objetos de impronta oriental o importados.

Hay múltiples testimonios directos e indirectos del comercio tartesio por el Mediterráneo: la aludida fundación de Nora en Cerdeña, la identidad de la cerámica de retícula bruñida que se constata tanto en Cerdeña como en el Carambolo, la toponimia repetida en el Mediterráneo y Andalucía y que nos recoge Hubschmid (*Sicanos, Herbi, Callet, Ceret, Osset, Vesci, Tarraco*), los jarros de plata que Maluquer entiende exportados desde Tartessos a Etruria. También seguramente la Biblia deja entender que en los tiempos de Salomón y posteriores son las propias gentes de Tartessos las que llevan sus ricos cargamentos de metales hasta aquellos confines. Van cargadas con sus preciadas mercancías para las cuantiosas obras del templo de Jerusalem; oro, cobre, plata, plomo, púrpura, estaño, constituían la carga más habitual procedente de Tartessos, a los que en ruta añadían otros productos exóticos tomados de Africa: aves, perfumes, piedras preciosas. De modo que en rivalidad con los fenicios los tartesios surcaban constantemente el mar Mediterráneo de uno a otro extremo. En viajes regulares que duraban 3 años. El hallazgo de un fuerte cargamento de objetos de bronce en la ría de Huelva con espadas, puñales, fibulas y otros objetos fechados en el siglo VIII a. C., confirman la magnitud de este comercio de Tartessos.

Por el Atlántico los marineros tartesios navegaron antes y durante la presencia de los fenicios en sus costas. Oro, plata, cobre y estaño eran los principales productos que llevaban y traían; el cobre sobre todo era su producto de exportación para la fabricación de bronce. En busca de estaño sus andanzas marinas

se dirigían al país de los oestrymnios o de las islas Cassiterides (Estrabón, III, 5, 11): Galicia, Bretaña o islas Británicas. Son frecuentes los testimonios clásicos alusivos a este hecho que constata claramente Avieno (*Ora Marítima*, 113) y a la pericia de los navegantes de Huelva y Cádiz, pericia que todavía guardaban bajo los romanos y acreditaron en los viajes de Colón y hasta nuestros días. Ellos sabían construir las más sólidas naves con que aventurarse en las desapacibles aguas del Océano; Avieno menciona sus largos y arriesgados viajes por mar hacia la Bretaña. Ellos supieron sortear los peligros de aquellos mares tenebrosos e ignotos. Ninguna de las clásicas potencias talasócratas mediterráneas llegó a dominar las rutas atlánticas. Los tartesios supieron ocultárselas a etruscos, griegos y púnicos. Por su cuenta y con sus medios técnicos también hicieron exploraciones hacia el sur africano, llegando a conocer las islas Afortunadas en su búsqueda de pesca con que abastecer la floreciente industria de salazones. Luego, dominada Tartessos por Gadir, los diestros marinos tartesios serán los guías de los cartagineses en sus exploraciones por el Atlántico norte y sur. Pues sólo con la ayuda de los tartesios emprenderían sus magnos periplos Hannon e Himilcon durante los memorables viajes que en el siglo V les conduce hasta la Europa nórdica y el Africa ecuatorial (Plinio, *N. H.*, II, 169; Avieno, *Ora Marítima*, 117 y ss.).

En lo que respecta a las relaciones con el próximo Oriente (Egipto, Siria, Palestina, Chipre, y sur de Grecia) hay circunstancias específicas que las favorecen y explican. Ante todo Tartessos pudo suplir su casi absoluta carencia de metales. Y entre Tartessos y estos países de Oriente bien pudo pervivir durante muchos siglos el recuerdo de hermandad vinculado a los que tantos años habían combatido juntos como Pueblos del Mar. Este recuerdo de *Mesech* y *Tarsis* en el Libro de los Jubileos y en la Biblia hacia 950 a. C., ya hemos visto que era bien patente y definidor de la Península Ibérica. También era lógico se evidenciara este recuerdo entre los egipcios, donde los *masauas*, sus otros hermanos, acababan de acceder al trono en idéntica fecha. Sin duda esta conciencia de hermandad y las consecuentes relaciones atraieron a los fenicios a Gadir en 1104 a. C. cuando también entre ellos pululaban otros Pueblos del Mar, como los *peleset* y los *zekkere* que recuerda el viajero egipcio Wenamun en su relato; máxime, cuando los mismos fenicios de Tiro tenían, como hemos dicho, fuertes contingentes de elementos humanos aportados por la estancia de los Pueblos del Mar en Fenicia.

b) EL COMERCIO DE LOS FENICIOS EN TARTESSOS.—El comercio de Andalucía con Oriente, heredado de siglos, se acrecienta desde 1104 a. C. con la presencia fenicia en Gadir. El engrandecimiento de Tartessos y de toda España meridional se produce como respuesta a la necesidad de organizar un comercio sólido y eficaz frente a los púnicos. La fundación de Gadir y de las colonias fenicias en

las costas de Málaga (*Sexi, Malaca, Abdera*) fue el estímulo para este crecimiento. Para medir la dimensión comercial de Tartessos es, pues, necesario contraponerla a la que paralelamente ejercitaban los fenicios.

Es precisamente en el siglo XII a. C. cuando el comercio fenicio en Oriente priva por su desarrollo y el exclusivismo que le favorece. Efectivamente, por entonces había desaparecido la capacidad marinera de los pueblos aqueos. Tiro y Sidón serán sus herederos. Los metales, plata sobre todo, serán el objeto primordial de tal comercio e Iberia la región óptima como centro abastecedor. Son los fenicios los que hacia 950 procuran a Salomón tanta plata que entre los hebreos ya no se hace aprecio de ella. Tartessos es su puerto principal, pero pronto *Sexi* (Almuñécar), *Malaca* y *Abdera* obtienen un intercambio tan activo que una población fenicia y mixta de libiofenicios y blastofenicios ocupa toda la franja costera malagueña hasta el estrecho. En el siglo VI se denuncia su masiva presencia en el testimonio de Avieno. Los hallazgos de Almuñécar y su riqueza confirman la presencia fenicia masiva en estas costas ya durante el siglo VIII. Lo mismo atestiguan La Joya, Huelva, Toscanos, Trayamar, Torre del Mar y Orihuela.

Tras la batalla de Alalia en 535 a. C. y el incremento del poderío cartaginés, la desaparición de Tartessos capital implica la pérdida de potencialidad económica de cada uno de los pequeños reinos en que se dividió el imperio. La capitalidad económica se centra en Gadir y consiguientemente los beneficios y la influencia. Es entonces cuando los fenicios van constituyendo su imperialismo político y territorial. La difusión de la escritura semita por las zonas de Huelva, Cádiz y Almería durante el siglo V y IV, según precisa Maluquer, serán un buen exponente de este dominio cartaginés sobre el antiguo imperio de Tartessos. Tampoco conocemos suficientemente esta etapa cartaginesa de Tartessos por haber desaparecido la biblioteca de Cartago bajo la mano destructora de Roma, pero se presume de extraordinaria actividad y desarrollo y de ello no faltan datos confirmantes en la arqueología.

c) EL COMERCIO DE LOS GRIEGOS CON TARTESSOS.—Nada sabemos con exactitud acerca del momento en que comenzaron los contactos comerciales griegos con Tartessos. El citado texto de Estrabón alusivo a la fundación fenicia de Gadir expresa claramente que los griegos frecuentaban la región del estrecho con anterioridad a 1100 a. C. La toponimia lo confirma, pues habían dejado un amplio recuerdo en nombres griegos a uno y otro lado del estrecho. Estos viajes aluden, sin duda, al comercio micénico, cuyo colapso se produce hacia 1200 a. C. bajo la irrupción doria y el caos producido por las incursiones de los Pueblos del Mar. Es probable que a ellos se deba cierta toponimia indoeuropea que Tovar denuncia en la desembocadura de nuestros ríos meridionales. Un vago recuerdo de estos

viajes se conserva también en las aventuras de Hércules y su combate con Gerion, dando lugar a que el estrecho fuera en adelante reconocido como columnas de Hércules. En todo caso este comercio egeo decae entre los siglos XII al X.

El colapso del comercio micénico parece que sólo se restaura a partir al menos del siglo IX y por obra de gentes jonias de Asia Menor. Entre tanto parece que, si no cesaron del todo los viajes y contactos entre Grecia y Occidente, tales viajes no revistieron el carácter de un comercio regular, organizado y suficientemente defendido. Según se desprende de la propia tradición griega fue más bien un comercio pirático y aprovechando momentos de debilidad fenicia.

Además, durante los siglos XI al VIII a. C. Grecia buscó en Occidente un comercio de productos agrícolas y ganaderos ya que los minerales todavía no tenían gran demanda en la Grecia propia, ni Grecia tenía productos que ofrecer a cambio, ni estaba aún a su alcance el poderío marítimo que le permitiera erigirse en intermediaria de terceros países, y menos en condiciones competitivas con los fenicios.

Parece que los primeros griegos de época histórica, cuya presencia en la Península parece constatarse con seguridad, son gentes de Rodas y llegaron a la Península ya antes de la primera Olimpiada (776 a. C.). La toponimia confirma estos viajes. Pero tuvieron como meta las costas catalanas (*Rhode* en el actual golfo de Rosas). Aunque parece que sus miras estaban en alcanzar Tartessos y su plata. Pero sólo después de más de un siglo de exploraciones y tanteos consiguieron los griegos aproximarse a estos mercados meridionales y sentirse en condiciones de competir con los fenicios. Este acontecimiento tiene lugar hacia 650 antes C. con Kolaios de Samos.

Los próximos viajes griegos a Tartessos se van a efectuar por los focenses desde Massalia y apoyándose en pequeñas factorías que han situado en la costa catalana y levantina (*Ampurias, Hemeroscopion, Akra Leuke, Mainake*). El comercio griego practicado a través de estas colonias con el imperio tartesio fue particularmente importante entre 584 y 540 a. C., fecha esta última en la que la metrópoli Focea cae bajo el poder persa y comienza la decadencia que culmina en Alalia (535 a. C.). El rey tartesio Argantonios trató de impedir la caída de Focea, haciéndoles grandes donativos en plata para que pudieran reforzar sus murallas. Todo fue en vano. Y la absorción de Focea por los persas y la derrota de los focenses en Alalia bajo el creciente poderío cartaginés sería causa directa o al menos importante del hundimiento de Tartessos. A poco, en el año 509, los cartagineses se hallaban en situación de prohibir los viajes de los griegos más allá de Mastia. Es decir, les estaba vedado comerciar directamente con Tartessos. Desde entonces solamente por medio de los puertos griegos ubicados al norte del cabo de Palos pudieron recibir los metales tartesios de Sierra Morena.

Esto justifica la gran importancia que adquirieran estas colonias griegas y a la vez la fuerte y prematura helenización que sufren estas regiones ibéricas. El arte y la escritura son la mejor prueba junto con los numerosos hallazgos arqueológicos de elementos griegos (armas y cerámicas) que proliferan en toda la región costera desde Valencia a Málaga.

Un hecho significativo nos aclara el esfuerzo fenicio, no exento de éxito, de absorber el comercio levantino en su propio provecho: un kylix fechado probablemente en el siglo V, hallado en Valencia y conservado en el Museo Cerralbo, contiene una inscripción fenicia dedicada a Eshmun. Orihuela, centro exportador fenicio desde el s. VIII es otro confirmante.

7. CULTURA

Uno de nuestros mejores conocedores del mundo tartesio, Blanco Freijeiro, afirma que «Tartessos no fue una cultura original, ni siquiera una gran cultura y que probablemente sus reyes mitológicos, su literatura y su legislación eran patrimonio de las viejas poblaciones decantadas en Andalucía durante el tercer milenio». Ahora bien, que en Tartessos sea importante esta herencia megalítica está claro y así lo venimos señalando reiteradamente; pero del hecho de que bajo

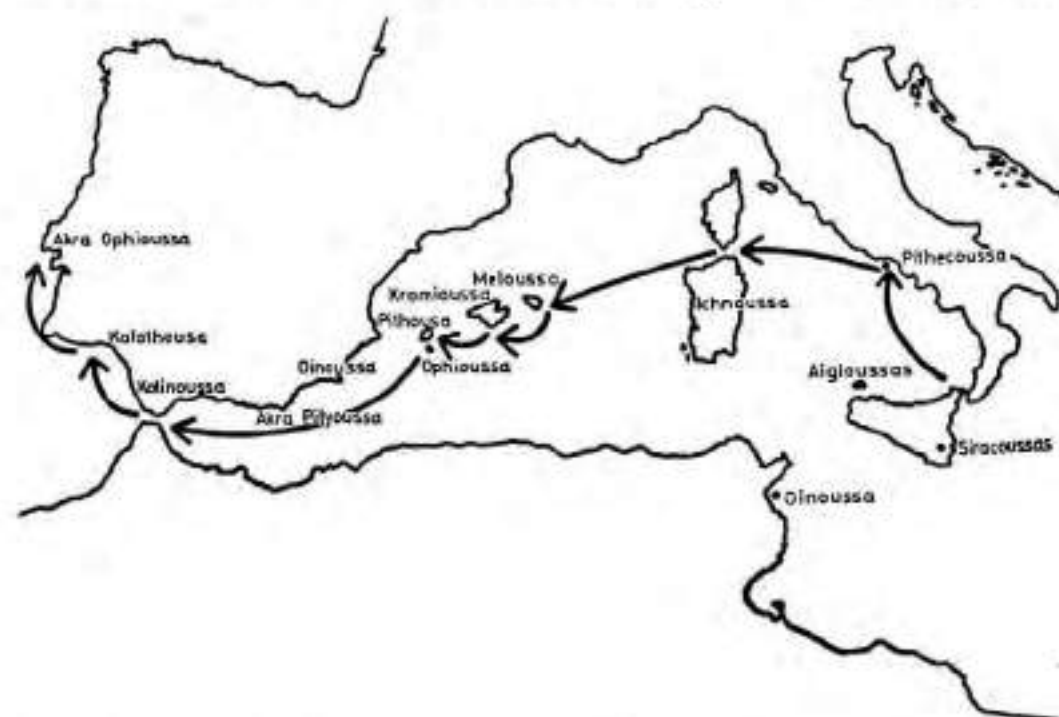


Fig. 6.—Toponimia griega en -oussa (según A. García y Bellido); parece estar relacionada con los viajes micénicos a Occidente.

el impacto humano de *massienos* y *tartesios* se produjo la gran eclosión cultural sobre esta base tradicional tampoco parece pueda dudarse en el estado actual de nuestros conocimientos.

Tartessos, en efecto, logrará una civilización muy avanzada; y de ello tenemos diversos testimonios que encuentran su mejor expresión en la noticia que Estrabón (III, 1, 25) nos trasmite, al recoger diversos datos de la historiografía griega: «Los turdetanos —dice— son los más cultos de todos los íberos, pues tienen una escritura y poseen escritos históricos en prosa, además de poesía y leyes en verso que, según se dice, alcanzan 6.000 años de antigüedad».

También Estrabón (III, 2, 1) afirma que la región contaba con más de 200 centros urbanos, la mayoría de las cuales estaban ubicadas en la orilla de los ríos, propicias al comercio y la agricultura. Prueba de que su vida era floreciente es la grandiosidad de las joyas que en algunas de ellas hemos descubierto; y el esplendor del arte que encierran nos habla suficientemente de la exquisitez de los tartesios y de su nivel económico elevado. La arqueología patentiza igualmente sus habilidades de metalurgistas y orfebres. La tradición mítica insiste en sus conocimientos de agricultura, apicultura y ganadería. Y Platón, a través de la Atlántida, advierte que sus tierras estaban bien regadas y sus aguas canalizadas. En los tiempos romanos todavía mantendrán floreciente esta cultura y economía.

También, al desaparecer el centralismo de Tartessos, las ciudades conservan como institución política esencial la monarquía. Pero no es una monarquía tribal, con el rey como jefe natural del grupo urbano, sino una monarquía orgánica cuyo poder sobrepasa los límites de la sola ciudad para extenderse a las tribus y regiones circundantes; es decir, sobre unidades geopolíticas naturales. Conocemos muchos nombres de estos últimos reyes turdetanos: *Calchas*, *Chalbus*, *Attenes*, *Cerdubeles*, *Luxinius* cuyos dominios abarcaban toda una comarca.

Sobre sus obras históricas, sus poemas y sus leyes en verso es la arqueología la que puede darnos confirmación descubriéndonos la capital y centros urbanos de Tartessos con sus correspondientes archivos. De momento ha llegado a nosotros un contado número de inscripciones. Las suficientes para permitirnos deducir que la escritura no es un conocimiento esporádico, temporal y privativo de unos cuantos letrados al servicio de la corte. Su dispersión por todo el mediodía y referida a tiempos no muy distantes en todo caso del año 1000 a. C., nos evidencia que su uso estaba muy extendido por todo el país y que pervivió floreciente casi un milenio.

Ya hemos advertido la estructuración social que el mítico rey Habis impusiera en Tartessos y que parece reflejarse también en las míticas alusiones que encierra Platón, al hacer la descripción de la Atlántida. Otros historiadores aluden a otros rasgos típicos tartesios, como cuando nos indican que, en los juicios, los

jóvenes no podían prestar testimonio en contra de los ancianos. Sabemos también de los tartesios que celebraban fiestas y juegos muy bien organizados. Y que las mujeres rivalizaban en habilidad, concursando anualmente con labores y tejidos ante un jurado masculino elegido por votos. En todo ello se denuncia una sociedad patriarcal indoeuropea.

De su religión sabemos muy poco. Las inscripciones nos delatan creencias en ultratumba. Y de los motivos de su orfebrería deducimos que sus creencias estaban fuertemente impregnadas de orientalismo. Aunque ello bien pudiera reflejar un



Fig. 7.—Distribución de las inscripciones en escritura tartésica, según Gómez Moreno y Maluquer.

puro aspecto decorativo en moda, sin ser fiel reflejo de sus auténticas concepciones religiosas. *Hathor*, el árbol de la vida y las quimeras son motivos religiosos fácilmente apreciables. En su arte hay indicios para suponer que adoraban al sol, la luna, las estrellas y las potencias telúricas infernales. Avieno nos informa de la existencia de un santuario dedicado a la *Inferna Dea* en la región de Huelva. En Mainake poseían una isla, *Noctiluca*, consagrada a la luna con el nombre de *Neit*; curiosamente es ésta la misma diosa egipcia *Neto* y parece corresponderse a la antigua divinidad irlandesa *Neit*; sin duda tales analogías e identidades han de explicarse teniendo en cuenta la procedencia oriental de massienos y tartesios y sus viajes por el Atlántico en busca de metales.

De todos modos, y siempre supeditando nuestro juicio a la escasez de informes que poseemos, en el aspecto cultural y religioso es donde la raigambre indoeuropea de los mastienos y tartesios se ve menos clara. Es posible que ello, como tantos casos de otros pueblos que han sufrido invasiones, sea debido a que las poblaciones aborígenes terminaron por imponer sus tradicionales tendencias.

8. ESCRITURA Y LENGUA TARTESIA

Por ser máxima expresión de cultura, merece particular atención el análisis de los restos escritos tartesios que han llegado a nosotros. Ya hemos visto que los antiguos les atribuyeron los más amplios conocimientos literarios y nada extraña que efectivamente los poseyeran si tenemos en cuenta que tartesios y massienos provenían de las tierras de Oriente. En Grecia y Asia Menor era desde siglos conocida la escritura. Y en las costas de Siria fueron precisamente los Pueblos del Mar los que difundieron el alfabeto fenicio de Ugarit creado hacia 1400 a. C. Es lógico pensar que fuera de uso corriente entre ellos cuando emigran al sur de la Península hacia 1160 a. C.

También Estrabón nos dice que los tartesios produjeron diversos escritos en verso y que sus mismas leyes estaban redactadas en forma métrica. Ello viene a reafirmar los orígenes egeos de las gentes massienas y tartesias, pues sabemos que la forma métrica de expresión era corriente en la Grecia micénica, donde encontramos —según ha demostrado ampliamente Webster— los precedentes directos de la poesía homérica. A su vez, Aristóteles y Eliano afirman que entre diversos pueblos de Capadocia, Ponto y Creta prehelénica era habitual formular sus leyes en forma métrica.

Lástima es que toda esta literatura tartesia milenaria de que nos habla la tradición nada conservamos, salvo ese centenar de inscripciones, sobre los que todavía tantos problemas quedan pendientes. Sólo el hallazgo de la antigua Tartessos y de algunos de sus principales centros urbanos y comerciales nos podrían dar la clave de tantos misterios y dudas como la escritura tartesia envuelve. Poseemos documentos de relativa extensión, como los plomos de *Gador* (Almería), la *Bastida* (cerca de Mogente, Valencia), algún plato de *Abengibre* o las de *Bensafrim* y *Monchique*. Pero la mayoría de ellas constan sólo de unas cuantas palabras, cuya separación misma constituye una grave dificultad. Dudamos ampliamente sobre el propio valor fonético de los signos entre las lecturas propuestas por Schulten, Tovar, Pío Beltrán, Schmoll, Maluquer y Gómez Moreno. Este último parece haber hecho los progresos más aceptables y convincentes. Pero aún ignoramos totalmente su traducción y sólo nos atrevemos a aventurar hipótesis acerca de la filiación in-

doeuropea de las inscripciones correspondientes a las áreas tartesia y mastiena. Así, de momento debemos contentarnos con la lectura aproximada de un escaso material escrito, sobre el que por fuerza sólo se pueden obtener conclusiones provisionales: diferencias entre las escrituras; extensión y duración de su uso en la antigüedad prerromana; origen de los signos gráficos; algunos presupuestos acerca de la filiación de las lenguas a juzgar por los sufijos, por ciertas raíces y por la peculiaridad de determinados fonemas.

a) **ÁREAS Y TIPOS DE ESCRITURA.**—Solamente una parte de Iberia conoció la escritura con anterioridad a los romanos: sur de Portugal, Andalucía, Levante, cuenca del Ebro y Cataluña. Desde Murcia a la costa catalana hubo una escritura en griego. En la franja costera que va de Almería a Gadir también aparece otra escritura conservada particularmente en las monedas acuñadas en nuestro suelo bajo el impulso económico cartaginés a partir del siglo III (Gades, Malaca, Sexi, Ituci, Ebusus, Asido, Bailo, Iptuci). Son escrituras directamente vinculadas a los pueblos colonizadores, púnicos y griegos, que impusieron en sus respectivas áreas de comercio. Al margen de ellas existe un tercer tipo de documentación escrita en lenguas indígenas. Un grupo de estas lenguas tomaron hacia el siglo V a. C. el alfabeto griego como base de expresión gráfica de sus ideas: los iberos y los celtíberos.

Pero en el mediodía existen otros grupos de lenguas con escritura mucho más antigua. Son de época que se aproxima al año 1000 a. C. Se ha establecido una subdivisión de este grupo del mediodía, provisional y a la espera de que progrese su desciframiento e interpretación, en área *tartesia* o del sudoeste (Bajo Guadalquivir, sur de Portugal), y área *mastiena* o del sudeste (Alto Guadalquivir y Levante hasta Alicante). La diferencia de estas lenguas y escrituras ya fue captada por Estrabón (III, 2, 6) en el pasaje aludido en que nos dice que los turdetanos son los más cultos de todos los iberos: «También los demás iberos tienen escrituras, pero no es la misma, siendo también sus lenguajes distintos». Esta diferenciación de los clásicos ha podido ser confirmada gracias al desciframiento de las escrituras prerromanas, llevada a cabo particularmente por Gómez Moreno.

b) **DESCIFRAMIENTO DE LAS ESCRITURAS.**—Hübner nos legó una importante recopilación de antiguas inscripciones en su *Monumenta Linguae Ibericae* del año 1893 y creyó ver atinadamente que algunas de ellas contenían antiquísimas escrituras que enlazaban directamente con el alfabeto de los fenicios venidos a la Península a fundar Cádiz en 1104 a. C.

Por su parte Shulten estudió también ciertas inscripciones halladas en el área de los tartesios, comprobando las directas concordancias de ciertos signos con los

del alfabeto fenicio más antiguo. Pero también observó que nuestras inscripciones meridionales ampliaban las 22 letras fenicias con las de algunas vocales típicamente griegas (υ , ω); al tiempo anotó coincidencias sintomáticas entre nuestras escrituras y las de Asia Menor (Licia, Lidia, Caria). También observó que, al igual que las escrituras minorasiáticas, en nuestro mediodía se escribe de derecha a izquierda. Dedujo entonces que nuestro alfabeto meridional sería el resultado de antiquísimas navegaciones griegas que nos habrían traído el alfabeto fenicio readaptado a las lenguas tartesias.

Don Manuel Gómez Moreno, que en 1925 encontró la clave de la lectura del íbero y fijó el valor fonético de sus signos, ha establecido el valor de los signos para la escritura tartesia en 1961. Aunque las equivalencias fonéticas de todos los signos no son siempre evidentes y Tovar, Schmoll, Pío Beltrán, Schulten y Maluquer han introducido ciertas modificaciones positivas, el sistema ideado por Gómez Moreno parece en líneas generales aceptable. Desde entonces los epígrafes tartesios de Andalucía y Portugal son prácticamente legibles; pero no se han traducido y ni siquiera estamos de acuerdo en la separación de palabras, punto de partida imprescindible para todo trabajo serio filológico.

Esta claro que mientras los íberos escribieron, según nuestra norma, de izquierda derecha, los tartesios, escriben de derecha a izquierda. Pero hay excepciones: alguna vez escriben partiendo de la izquierda, otras lo hacen en espiral (como en la inscripción etrusca de Lemnos) y otras adoptan el sistema bustrofélico (como ara el buey); tal sucede en la piedra de Ilipa. Tras la lectura, Gómez Moreno pudo establecer con cierta aproximación las distintas áreas de escritura y lenguas en la mitad sur de la Península, determinando dos grupos bastante bien definidos: área *tartesia* o tirrena, área *mastierna* o de los bastetanos. Las dos integran el territorio que según la tradición ocupó el reino de Tartessos y coinciden aproximadamente con el sitio respectivo en que se asentaron en el siglo VI a. C., según la tradición de Avieno, los *tartessioi* y los *massienoi*. Es decir, que a las precisiones étnicas de los clásicos se corresponden áreas también peculiares de escritura y probablemente de lengua.

c) AREA TARTESIA O TIRRENA.—Un grupo de inscripciones se extiende con carácter muy uniforme y arcaico por el sudoeste ibérico: Algarve, Alentejo, Extremadura portuguesa y española, Bajo Guadalquivir. Es el área de los antiguos *cynetes* y *tartesios*. Su centro de irradiación parte de Huelva, donde se asentara la antigua capital Tartessos, cuya civilización urbana y comercio intenso y prolongado de metales exigió la difusión de la escritura. En Huelva debieron radicar los creadores del alfabeto tartesio; tuvieron que adaptar algunos signos a las necesidades fonéticas de su idioma a partir del alfabeto fenicio. Todas las inscrip-

ciones del Algarve son muy uniformes, lo que nos lleva a creer con Arribas que la lengua de este área provenía de colonizadores de filiación indoeuropea, pues casi toda esta escritura es alfabética, con escasas excepciones de signos con valor silábico. Además tienen escasas coincidencias con las lenguas del sudeste y menos aún con las levantinas, o propiamente escrituras ibéricas.

Los testimonios más importantes de la escritura tartesia se han encontrado en el Algarve: cinco piedras areniscas y dos pizarras en *Bensafrim*, una piedra arenisca de *Monchique*, dos piedras areniscas y una pizarra de *Loulé*, una losa caliza al norte de *Loulé*, una pizarra y una losa de *Salir*, diversas estelas areniscas rojizas de los *Cómoros da Pontela (Messines)* y *Tabilbao*, pizarra de *Ameixial*, fragmentos de *Martín Longo*, pizarras de *Panoias de Ourique* y del *Museo de Beja*, tésera de *Alcácer do Sal* (antigua Salacia). A ellas se añaden varias reproducciones de inscripciones perdidas. También *Puente Genil* ha proporcionado una interesante estela de piedra. En total unas treinta inscripciones, entre las que hay que contar un canto rodado de *Alcalá del Río* (la antigua Ilipa). Esta ciudad se mantuvo en tiempos romanos como fuerte reducto indígena y entre los nombres que nos conservan las inscripciones latinas figura una esclava, *Attenia*, que recuerda el nombre de aquel rey turdetano *Attenes* (según Livio fue el primero en pasarse a las filas romanas) y a conocidos personajes etruscos del mismo nombre. Parece que son mayormente estelas sepulcrales y muchas de las inscripciones corresponden a tiempos cartagineses y romanos, pero hay otras que son copias al menos del siglo VI a. C.

d) AREA MASSIENA O MASTIENA.—Resulta difícil precisar las inscripciones que corresponden a este grupo de cronología en general más reciente; son generalmente del siglo IV a. C. Se trata de una zona de transición entre el grupo de inscripciones propiamente tartesias del círculo de Huelva y las propiamente íberas del círculo levantino. Ha sido campo, pues, que debió sufrir entrambas influencias. Nos atenemos al cuadro trazado por Gómez Moreno, aunque es evidente que se precisan ulteriores estudios filológicos y es de esperar que nuevos hallazgos de inscripciones proporcionen nuevos datos de estudio.

La Andalucía oriental o alto Guadalquivir, Sudeste (Almería, Murcia) y Levante (Alicante y Valencia) han proporcionado este grupo de inscripciones con cierta uniformidad. Es el área sobre el que aproximadamente se asentaron los antiguos massienos, luego bastatenos. Pero extendiendo la influencia de su tipo de escritura por la costa valenciana; lo mismo que el grupo del Sudoeste o tartesio había ampliado su influencia hasta la desembocadura del Tago en Portugal.

El documento más importante y extenso de este tipo de escritura se encuentra en el plomo de *Gador* en las inmediaciones del centro minero de Almería. Su tipo de escritura es una transición o intermedio entre la grafía del Algarve y las escri-

turas ibéricas de Valencia, Ebro y Cataluña. En cada línea de este plomo se repite la palabra *stariennu* y en otras tres se repite *leskem*, seguidas ambas de una serie de rayas; como indicando que reseñan operaciones comerciales y que tales términos designan objetos o metales.

Hay unos cuencos de plata en *Torres*, *Fuensania* (ambos de Jaén) y *Fuente Ovejuna* (Córdoba), más una escudilla de plata de *Jaén*; todos ellos con brevísimas inscripciones. El límite más septentrional, ya sobre el río Júcar, lo ofrecen las inscripciones de *Abengibre* (Albacete) con cinco platos; alguno de ellos está profusamente escrito. En estos se repite bastante el sufijo *-be* y ciertas palabras como *toteabe* y *uteabe*. Análogas repeticiones se registran en el sillarejo de piedra de *El Salobral* (Albacete). Otras dos interesantes inscripciones han proporcionado la *Alcudia* (Elche) y la *Bastida* (Mogente, Valencia); ésta por su longitud, lo que permite ver que se repiten también los sufijos *-abe*, *-eca*, *-ican*. El plomo de la *Bastida* es del siglo IV y ofrece la particularidad de que en el reverso contiene otra inscripción más tardía y de mano distinta, en la que es evidente una enumeración, pero de algo cuyo significado se nos escapa. Finalmente contamos con otro plomo interesante de *Albaida* (Valencia). Y, como elemento muy importante para encontrar el valor fonético de los signos, poseemos una serie de monedas inscritas donde predominan nombres geográficos que luego se repiten en las inscripciones latinas de Andalucía: *Urkesken*, *Urci*, *Iliberri*, *Castelo*; y junto a ellos nombres personales: *Urchail*, *Bodilcos*.

Para terminar con la enumeración del más importante material epigráfico mastieno que hasta el momento posemos cabe citar otros dos plomos: *Cigarralejo* (Murcia) en alfabeto jonio de hacia el siglo VI a. C. y el famoso de *Alcoy*, nuestro más largo texto en escritura prerromana. Ambos, según Gómez Moreno, señalan la última y más avanzada transición de la escritura tartesia hacia la ibérica.

Sobre estas regiones de escritura mastiena aparecen epígrafes mal definidos, pues en ellas se entrecruzan las influencias tartesias con las griegas que determinarán la aparición de la escritura ibérica. Ello va conforme a la evolución histórica, pues es bien sabido que sobre el alto Guadalquivir y Sudeste se extendió el dominio tartesio durante siglos. Pero también sabemos que por allí penetraron los griegos durante largo tiempo en busca de los metales de Sierra Morena, por caminos alejados del área del comercio fenicio. Así pues, a medida que, siguiendo el Guadalquivir, nos alejamos de Huelva donde radicaron Tartessos y el centro difusor de la escritura en la Península, se aprecia más la falta de uniformidad del alfabeto y se constata una mayor diferencia de vocabulario. Ambos, alfabeto y vocabulario, vuelven a ofrecer intensas analogías entre las inscripciones de Levante.

De todos modos, como señala Maluquer, es aún prematuro establecer demasiadas conclusiones, pues no debe considerarse definitivamente lograda esta lec-

tura cuyo punto de partida ha sido identificar el valor fonético de los signos ibéricos con los tartesios. Es así que Pío Beltrán, Schmoll, Tovar o Maluquer llegan a lecturas bastantes distanciadas de las de Gómez Moreno. En todo caso, Gómez Moreno presupone que el alfabeto de estas inscripciones mastienas procede de Huelva, cosa aún no bien demostrada. Y, en consecuencia, no están plenamente justificados los valores fonéticos semisilábicos dados a los signos de escritura de esta región tartesia. Las dudas acerca de una correcta lectura y de la filiación de las lenguas se acrecientan cuando consideramos la dirección de la escritura, que en el plomo de la Bastida va de derecha a izquierda, al estilo tartesio; pero que en los platos argénteos de Abengibre va de izquierda a derecha, al estilo ibérico. Tampoco hay regla fija en la separación de palabras, la cual hacen unas veces, otras no. La lengua de las inscripciones mastienas, según Caro Baroja y Tovar, es la misma ibérica (Levante, Cataluña) que alcanzó hasta Almería pues aquí el plomo de Gador parece denunciar claramente su filiación con la lengua de los iberos.

En todo caso es muy probable que esta lengua de Almería no sea idéntica a la usada en el alto Guadalquivir o tierra mastiena. Y es claro que son lenguas distintas de las usadas en el Algarve; pues allí no se conocen aquellas palabras frecuentes en el grupo tartesio del Algarve como *zaronah* o *maronah*, ni el étnico *conii* o *cunii*. En definitiva, parece que nos encontramos con varias lenguas en el territorio englobado por el imperio de Tartessos y en el que se comprendían tribus y probablemente lenguas varias: de los *cynétes*, *tartesios*, *massienos*. Lo que no quiere decir que no tengan rasgos comunes. Con cierta claridad se puede deducir del contenido lingüístico que hay dos lenguas: *tartesia* y *mastiena*. Y que aún dentro de ésta se dan subgrupos de idiomas.

e) ORIGEN DEL ALFABETO Y LENGUAS TARTESIAS.—No es posible aceptar la sugerencia de Gómez Moreno que supone la escritura tartesia importada directamente de Oriente bajo la cultura de Argar a mediados del II milenio a. C. Aparte de que faltan argumentos que defiendan esta antigüedad, ello implica una contradicción con su otra afirmación de que el alfabeto mastieno de Levante y alto Guadalquivir fuera tomado del tartesio del Algarve en el siglo VII a. C., afirmación esta que nos parece confirmada por la evolución del alfabeto.

Maluquer defiende que los orígenes de nuestra escritura no son superiores al siglo V y que debió nacer en algunos de los templos ibéricos, en los tiempos de su máximo esplendor. Ahora bien, aunque las escrituras del Algarve no ofrecen posibilidades arqueológicas de datación, es evidente que las escrituras del grupo tartesio ofrecen rasgos más arcaicos que las del grupo mastieno y, por supuesto, más que las ibéricas. En todo caso, en Almuñécar tenemos un vaso señalado por Pellicer como procedente de la tumba número 3, en el que se conserva una ins-

cripción con caracteres tartesios; y este vaso con todo el ajuar de la necrópolis son anteriores al 650 a. C.

La opinión más común de nuestros especialistas piensa que la escritura debe remontarse al menos al comienzo del I milenio, lo que nos permite enlazar con la llegada de los tartesios y mastienos al sur de Iberia hacia 1150 a. C. En defensa de la antigüedad de la escritura del sudoeste ibérico abunda el parentesco de nuestro alfabeto del Algarve con los más antiguos de Licia, Caria y Lidia. También, en opinión de Blanco Freijeiro, nuestras inscripciones tartesias reflejan la escritura del Mediterráneo oriental del II milenio a. C. en su mezcla de signos alfabéticos y silábicos.

El centro de origen y difusión de la escritura parece también claro deba localizarse en Huelva, donde se asentara Tartessos y las gentes tartesias. Y de aquí surge un primer núcleo de escritura en el sudoeste peninsular, muy uniforme en su grafía. Casi contemporánea debió ser la utilización de la escritura en los centros mineros de Almería y Sierra Morena, es decir, entre las gentes mastienas.

Más difícil es precisar si la escritura fue importada personalmente por los invasores tartesios y mastienos hacia 1150 a. C. o si la tomaron del posterior comercio fenicio. Lo cierto es que tartesios y mastienos conocían el alfabeto en Oriente, pues precisamente los Pueblos del Mar lo difundieron en Palestina.

Los signos utilizados en estos diversos grupos de inscripciones ofrecen una gran variación lo que precisamente ha servido para clasificarlos. Pero también resulta visible cierta diversidad de lenguas y que tuvieron necesidad de adaptar algunos signos a sus peculiares formas fonéticas de expresión. A su vez, la variante de escritura fue resultado del largo lapso de tiempo que estos alfabetos nacidos de un tronco común estuvieron vigentes en la Península. Parece que no menos de un milenio, pues la sustitución de estos alfabetos por los latinos se produjo en ciertos territorios varios decenios y hasta siglos después de que fueran conquistados por los romanos.

Parece claro para Tovar que nuestra escritura tartesia se origina en signos de valor silábico para transformarse en nuestro suelo en una escritura semisilábica. Sólo con el tiempo se haría alfabética para las vocales líquidas y nasales, pero se mantuvo silábica para las consonantes oclusivas. Este hecho pone también los orígenes de nuestra escritura en directa relación de dependencia con las escrituras creadas por grupos indoeuropeos en Creta, Chipre y Asia Menor. Y, según nuestra tesis, es precisamente de allí de donde partieron los tartesios y mastienos en su emigración a la Península antes de su breve estancia en Siria y Libia. En este mismo sentido Tovar admite también la llegada a nuestras costas de pueblos colonizadores del Mediterráneo oriental como creadores de la lengua tartesia.

Si difícil es precisar los orígenes y fecha del nacimiento de las escrituras de

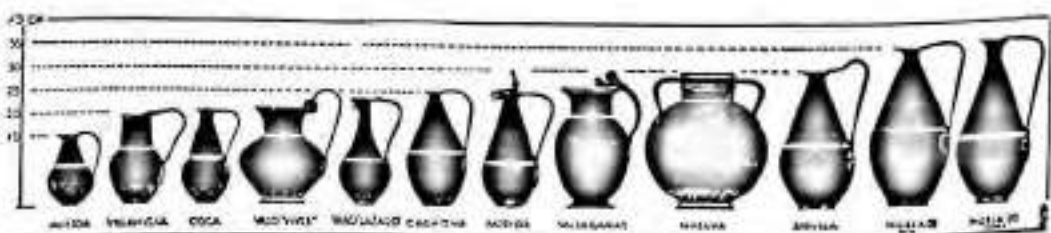
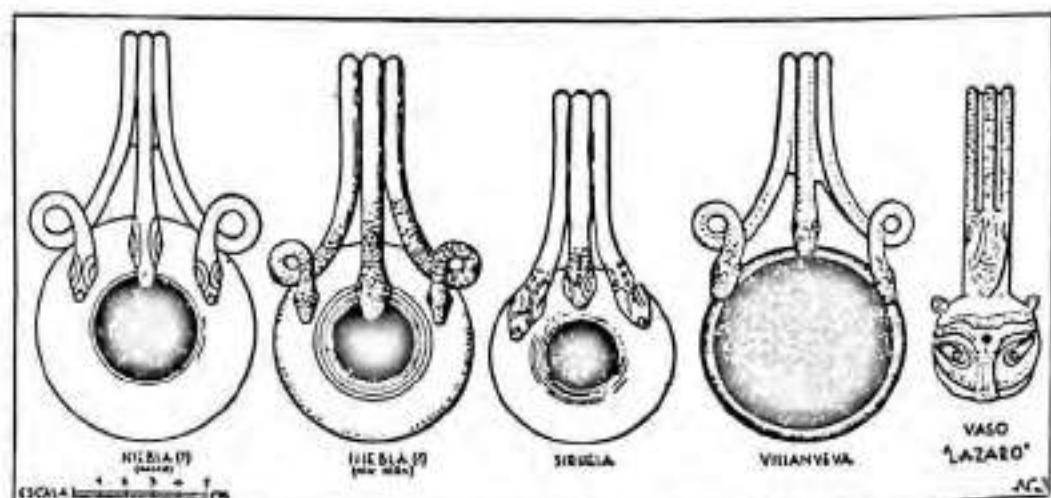
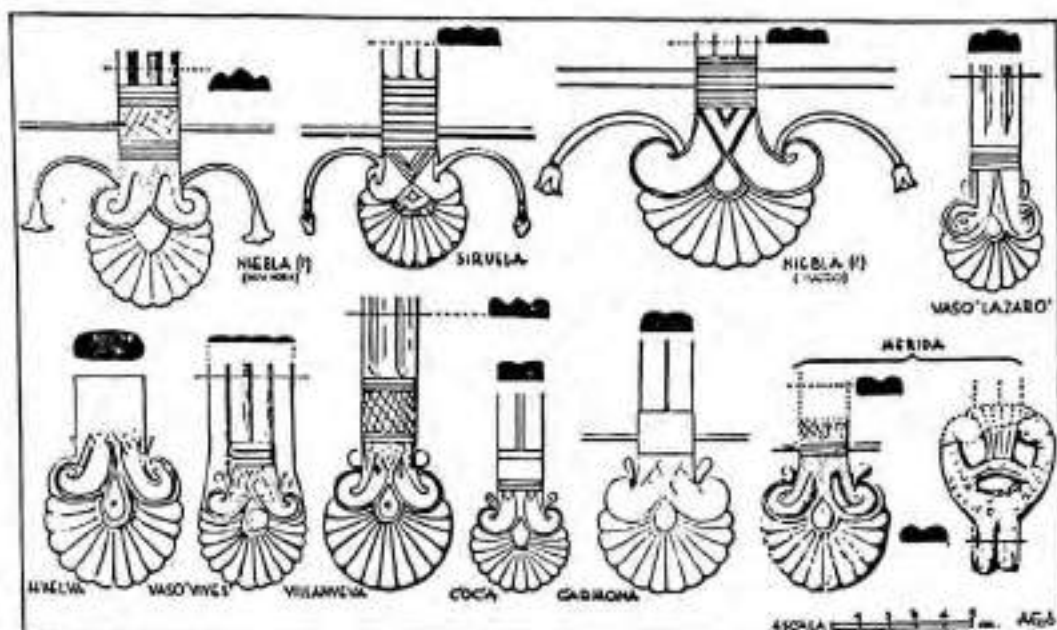


Fig. 8.—Jarrros de bronce tartésicos con detalle de sus asas, según A. García y Bellido.

Tartessos, más lo es aún fijar la filiación de su lengua, pues, como hemos señalado reiteradamente, es hipotético y aventurado hasta la separación de palabras en buena parte de estas inscripciones. La determinación del origen minorasiático de las poblaciones tartesias y massienas nos permiten pensar en la filiación con poblaciones indoeuropeas del Egeo. Pero, aun aceptando plenamente este supuesto, la cuestión resulta compleja, pues es bien sabido que entre aquellos Pueblos del Mar emigrantes del Egeo, las gentes estaban muy mezcladas. Es decir, es posible que se trate de pueblos portadores de lenguas indoeuropeas o sólo indoeuropeizados —tal opinión mantiene Kretschmer para los etruscos de Italia— y que, además, ya en la Península sufrieran la influencia local de los pueblos de la cultura megalítica, de avanzada cultura. Es probable que este último sea el caso de nuestras gentes meridionales tartesias y mastienas, pues su lengua no parece claramente vasca, ni semita, ni indoeuropea. Aunque se encuentran elementos vascoibéricos e indoeuropeos; lo que significaría, a nuestro modo de ver, la influencia del substrato étnico de las gentes de la cultura dolménica o de elementos vascoibéricos sobre los advenedizos massienos y tartesios; estos con lenguas de estructura indoeuropea. Consideremos algunos rasgos que nos hablan en este sentido.

Ciertas inscripciones son equivalentes a nuestros epitafios, en las que Schulten vio repetida la palabra *zaronab*, equivalente del término *zeronai* que aparece en la inscripción etrusca de Lemnos. Hoy se propone más comúnmente la lectura *marona*, que es curiosamente también un bien conocido nombre etrusco. En las inscripciones hay múltiples nombres de ciudades y algún étnico; así se repite *Keoni* o *Kuni* con varias terminaciones que parece referirse a la tribu de los *conii* o *cynetes* citados en las fuentes clásicas y que se refleja en la toponimia antigua en *Konistorgis*, *Konimbriga* (actual Coimbra de Jaén). También *uartienir* parece recordarnos el étnico *mastienis* o *bastienis*.

Por ciertos aspectos podemos suponer que las lenguas habladas en Tartessos son indoeuropeas o que han asimilado la estructura de flexión y conjugación indoeuropea. Parecen sucederse las terminaciones de nominativo, acusativo, genitivo y hablativo en ciertas inscripciones como:

Deoi Arairgobo... kiarkuna beke kuntei
Rikula eisa dea sankuresikum beke kunai
Koerkuli baleis riboueira uarsaba deir duesiku sana beke kuni

El genitivo plural parece acusarse en *sankuresikum*, *kudum*, *belekum*. A su vez Tovar admite el genitivo en *i* para *kuii*, *ienii*, *karisi*. Y a través de las terminaciones variantes de *kunai*, *kunii*, *kuni*, *kuntei* (según Tovar *keonii*, *keoni*, *keontei*, *keona*, *keonai*) es evidente que hay formas de declinación masculina y

femenina de carácter indoeuropeo. Y, además estos términos parecen emparentados, según Tovar, con la raíz indoeuropea **ki* que repite el licio *sijeni*.

Constatamos también la existencia de un sufijo utilizado muy frecuentemente *-be* (*toteabe, inabe, kokabe...*), relacionable con sufijo análogo del vasco para significar «bajo, debajo», o con el locativo indoeuropeo *-bhi* que se repite en griego micénico y homérico (*-api, -aji, -fi*) con sentido locativo.

En fin, como dato interesante de las lenguas tartesias, señalaremos su desconocimiento de los fonemas de oclusiva más continua (*bra, bla, gra, gla...*) como ocurre también en la lengua ibérica y en el vasco actual.

9. ¿OCASO O DESTRUCCION DE TARTESSOS?

Entre los datos históricos alusivos a Tartessos se consigna el mencionado filohelenismo del rey Argantonios. Con posterioridad a este hecho las fuentes guardarán el más absoluto silencio respecto a las vicisitudes de la gran capital del imperio. Pero ciertos datos de la tradición y la leyenda platónica de la Atlántida aluden a un calamitoso final de la caída de Tartessos. Un hecho cierto es su desaparición, que debió ocurrir entre 530 y 508, esto es, entre la fecha del filohelenismo de Argantonio y el tratado efectuado entre cartagineses por una parte y griegos y romanos por otra. En efecto, si en esta fecha los cartagineses prohíben a los griegos que naveguen más allá de Mastia de Tarsis para impedirles todo acceso al estrecho en busca de metales, es porque el imperio tartesio, que antes llegaba hasta Mastia, ya no existía; pues, de otro modo, la prohibición de navegar por el mediodía hubiera sido inútil: hubieran podido comerciar igualmente con Tartessos a través de Mastia. Lo que ignoramos es si en esta fecha solamente había desaparecido el imperio o también ya Tartessos como ciudad. En todo caso, tanto el imperio como la ciudad desaparecieron. De Tartessos se pueden dar cuatro versiones como posibles: destruida por Gadir, por los cartagineses, por los pueblos célticos del interior de la Península, por simple consunción en luchas locales. Pero ninguna clarividencia se nos ofrece al respecto, ni nos permite aceptar una de estas soluciones como más lógica o atestiguada.

10. SITUACION DE TARTESSOS

¿Dónde estuvo situada la ciudad de Tartessos? Es este un problema apasionante y definitivo pero que hasta la fecha no ha sido solucionado. Se admite generalmente que Tartessos es un término geográfico que debe fijarse en España y

concretamente en el curso bajo del Guadalquivir. Pero sobre la ubicación de la ciudad de Tartessos se estudian estas tres posibilidades: 1.ª Que esté en las marismas sevillanas, zona excavada con resultados nulos; 2.ª Que esté en Mesas de Asta (Jerez), tesis en camino de comprobación; 3.ª Que esté en la desembocadura del Tinto y Odiel, en las proximidades de la ciudad de Huelva. La verdad es que las descripciones geográficas respecto a aquella opulenta ciudad no dan pie para situarla en un lugar concreto. Solamente se sabe que estaba en una confluencia de ríos de carácter deltaico. De ahí que se haya pensado en Sevilla o en Huelva preferentemente. Alguien ha sugerido que esté en la misma Sevilla, Carmona, Lebrija... La tesis más viable y, a nuestro juicio, más conforme a los hechos históricos defiende que Tartessos se hallaba en la Ría de Huelva. Según recientes estudios de Luzón y Watenberg es el lugar que concuerda con los textos homéricos, el mito platónico de la Atlántida, de indudable alusión geográfica a Tartessos, y con la descripción de Avieno. Y hasta con la lógica y la arqueología. Además, Onoba figura en la tradición como la más antigua colonia fundada por las gentes de Oriente; debió servir de puerto de arribada a los Puertos del Mar. Y en la antigüedad fue Huelva salida natural al mar para el comercio metalífero de Río Tinto, de Andalucía y del mediodía portugués. Allí también se han encontrado importantes restos arqueológicos tartesios y una serie de inscripciones de indudable antigüedad y uniformidad. Esperemos que la arqueología centrada en Huelva y sus alrededores proporcione algún tipo de confirmación a este respecto y nos descubra la ciudad con el tesoro histórico escrito escondido de Tartessos, que sin duda encierra.

BIBLIOGRAFIA

Siendo nuestro trabajo esencialmente una revisión histórica del imperio de Tartessos en su conjunto y a la luz de los nuevos estudios de arqueología y filología, no hemos creído necesario remitir al lector en cada momento concreto a la correspondiente bibliografía. Nos ha parecido suficiente dar una selección básica en la que se encuentran las recopilaciones sistemáticas de las fuentes clásicas, de las inscripciones o de los hallazgos arqueológicos. Junto a estas obras fundamentales, sólo insistimos en los más recientes estudios que parcialmente o en su totalidad han abordado el problema de Tartessos.

F. M. ABEL, *Géographie de la Palestine*. 2 vols., 1933-38.

M. L. ALBERTOS, *La onomástica personal primitiva de Hispania Tarraconense y Bética*. Salamanca, 1966.

- J. ALVAREZ DELGADO, "La falsa ecuación Massiensi-Bastetani y los nombres en -tani", *Arch. Preh. Lev.*, III, 1952.
- M. ALMAGRO, "Los thymatheria llamados candelabros de Lebrija", *Trabajos de Prehist. del Seminario de Hist. Primitiva de la Univ. de Madrid*, XIII, 1964.
- F. ANTÓN, "La ciudad de Tartessos-Tarsis. La isla de Saltés en Huelva y el imperio Ibero-Turdetano", *Bol. Real Soc. Geogr.*, LXXVII, 1941.
- A. ARRIBAS, "La Andalucía oriental y el problema de Tartessos", *Tartessos. V Symposium de Preh. Pen. Barcelona*, 1969.
- S. DE AUSEJO, "El problema de Tartessos", *Sefarad*, II, 1942.
- G. BAHR, "Baskisch und Iberisch", *Eusko-Jakintza*, 1948.
- J. C. BAROJA, "La realeza y los reyes de la España antigua", *Cuadernos de la Fundación Pastor*. Madrid, 1971.
- J. C. BAROJA, *Observaciones sobre la hipótesis del vascoiberismo*. Madrid, 1943.
- J. C. BAROJA, "La escritura en la España romana", *Historia de España*, dirigida por R. M. Pidal, I, 3. Madrid, 1954.
- E. BAYERRI, "En busca de la solución del problema de Tartessos", *Bol. Real Soc. Geogr.*, LXXVII, 1941.
- A. BELTRÁN, "El vasco iberismo. Alcance del término y estado de la cuestión", *Zephyrus*, II, 1951.
- A. BLANCO FREIJEIRO, "El problema de Tartessos", *Act. Congr. Est. Clas.*, II, 1964.
- A. BLANCO, J. M. LUZÓN, D. RUIZ MATA, "Panorama tartésico de Andalucía Oriental", *Tartessos. V Symposium de Preh. Pen. Barcelona*, 1969.
- J. M. BLÁZQUEZ, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*. Salamanca, 1968.
- J. M. BLÁZQUEZ, "Fuentes griegas y romanas referentes a Tartessos", *Tartessos. V Symposium de Preh. Pen. Barcelona*, 1969.
- J. BOUSIVIEN, *La Bible apocriphe*. París, 1953.
- P. BOSCH GIMPERA, "Le relazioni mediterranee ed il problema etrusco", *Studi Etruschi*, III, 1929.
- A. CARUZ, "La localización de la ciudad de Tartessos", *Tartessos. V Symposium de Preh. Pen. Barcelona*, 1969.
- J. M. CARRIAZO, *El tesoro y las primeras excavaciones en el Carambolo*. Madrid, 1970.
- J. M. CARRIAZO, "El Cerro del Carambolo", *Tartessos. V Symposium de Preh. Pen. Barcelona*, 1969.
- J. M. CARRIAZO, "El mensaje de Tartessos", *Anuario de la Univ. Hispalense*, XXI, 1960.
- E. CUADRADO, "Origen y desarrollo de la cerámica de barniz rojo en el mundo tartésico", *Tartessos. V Symposium de Preh. Pen. Barcelona*, 1969.

- A. DIETRICH, "Phönizische Ortsnamen in Spanien", *Abhandl. für die Kunde der Morgenlandes*, 1936.
- A. DO PAÇO, F. NUNES, G. LYSTER, "Inscrição ibérica da Corte do Freixo (Almodóvar)", *Zephyrus*, XVI, 1965.
- J. P. GARRIDO, *Excavaciones en la necrópolis de la Joya (Huelva)*. Madrid, 1970.
- A. GARCÍA Y BELLIDO, "Los bronceos tartésicos", *Tartessos. V Symposium de Preh. Pen. Barcelona*, 1969.
- A. GARCÍA Y BELLIDO, *La Península Ibérica en los comienzos de su historia*. Madrid, 1953.
- A. GARCÍA Y BELLIDO, "Protohistoria: Tartessos", *Historia de España*, dirigida por R. M. Pidal. Madrid, vol. I, 2, 1953.
- A. GARCÍA Y BELLIDO, "Colonización púnica", *Historia de España*, dirigida por R. M. Pidal. Madrid, vol. I, 2, 1953.
- A. GARCÍA Y BELLIDO, "Nuevos jarros de bronce tartésicos", *Arch. Esp. Arq.*, XXXVI, 1964.
- M. GÓMEZ MORENO, "La escritura bástulo-turdetana", *Rev. de Arch. Bibl. y Mus.*, LXIX, 1961.
- J. M. GÓMEZ TABANERA, "Los pueblos antiguos de la Península Ibérica", *Raíces de España*. Madrid, 1967.
- J. M. GÓMEZ TABANERA, "El paisaje mítico megalítico y la existencia atemporal de Tartessos", *Atti del VI Congresso Internazionale delle Scienze Preistoriche e Protoistoriche. Roma 1962*. Florencia, vol. II, 1965.
- B. HALL, "The peoples of the Sea", *Recueil d'études égyptologiques dédiés à Champollion*, 1962.
- C. HAWKES, "Las relaciones en el Bronce final entre la Península Ibérica y las Islas Británicas", *Ampurias*, XII, 1952.
- A. HERMANN, *Die Erdkarte der Urbibel, mit einem Anhang über Tartessos und die Etruskerfrage*. Braunschweig, 1931.
- J. HOZ, "Sobre la primitiva escritura hispánica", *Arch. Esp. de Arq.*, XXXV, 1962.
- E. HÜBNER, *Monumenta Linguae Ibericae*. Berlín, 1893.
- J. HUBSCHMID, "Lenguas prerromanas no indoeuropeas", *Enciclopedia Lingüística Hispánica*. Madrid, 1959, vol. I.
- A. KAMMENHUBER, *Die Arier im Vorderen Orient*. Berlín, 1968.
- J. M. LUZÓN, "Tartessos y la ría de Huelva", *Zephyrus*, XIII, 1962.
- E. MACWHITE, *Estudios sobre las relaciones atlánticas de la Península Hispánica en la Edad del Bronce*. Madrid, 1951.
- B. MAISLER, *Die Geschichte Palästinas*. Berlín, 1962.
- B. MAISLER, *Untersuchungen zur alten Geschichte und Ethnographie Syriens und Palästinas*. Berlín, 1930.
- J. MALUQUER, *Tartessos*. Barcelona, 1970.

- J. MALUQUER, *Epigrafía hispánica prerromana*. Barcelona, 1968.
- J. MALUQUER, "Tartessos y su historia", *Tartessos*. V Symposium de Preh. Pen. Barcelona, 1969.
- A. MALAMAT, "Der Niedergang der ägyptischer Herrschaft in Kanaan", *The World History of the Jewish People*.
- R. MARTÍN y A. RAURET, "Las posibilidades metalúrgicas y la distribución de los metales en el área tartésica", *Tartessos*, V Symposium de Preh. Pen. Barcelona, 1969.
- A. MONTENEGRO, "Mito y realidad en el poema de la Atlántida de Platón", *Rev. del Colegio Mayor Reyes Católicos*. Valladolid, 1961.
- A. MONTENEGRO, "Colonización de la Península Ibérica por los Pueblos del Mar", *Arbor*, CLXII, 1962.
- S. MOSCATI, *Geschichte und Kultur der semitischen Völker*. Stuttgart, 1958.
- L. PERICOT, *Historia de España. I. Epoca primitiva y romana*. Barcelona, 1958.
- M. PALOMAR LAPESA, *La onomástica personal prelatina de la antigua Lusitania*. Salamanca, 1957.
- M. PALOMAR LAPESA, "Antroponimia prerromana", *Enciclopedia Lingüística Hispánica*. Madrid, 1959, vol. I.
- M. PELLICER CATALÁN, *Excavaciones en la necrópolis Laurita del Cerro de San Cristóbal (Almuñécar, Granada)*. Madrid, 1962.
- C. PEMÁN, "La ubicación de Tartessos vista desde la Tartésida", *Tartessos*. V Symposium de Preh. Pen. Barcelona, 1969.
- M. PÉREZ ROJAS, "El nombre de Tartessos", *Tartessos*. V Symposium de Preh. Pen. Barcelona, 1969.
- O. REVERDIN, *La Crète, berceau de la civilisation européenne*. Lucerna, 1960.
- R. RUIZ ORSATI, "Algeciras. Carteia, antigua Tartessos, corte de Argantonio. Un museo de antigüedades que no existe", *Africa*, XXII, 1943.
- H. N. SAVORY, *Spain and Portugal*. Londres, 1968.
- U. SCHMOLL, "Zur Entzifferung der südhispanischen Schrift", *Madridrer Mitteilungen*, III, 1962.
- U. SCHMOLL, *Die Südlusitanischen Inschriften*. Wiesbaden, 1961.
- G. SCHÜLE, "Tartessos y el hinterland", *Tartessos*. V Symposium de Preh. Pen.
- A. SCHULTEN, *Tartessos*. Madrid, 1945.
- A. SCHULTEN, "Los Tirrenos en España", *Ampurias*, II, 1940.
- G. STEINER, "Die Ahhájawa-Frage heute", *Saeculum*, 1964.
- U. TACKHOLM, "El concepto de Tarschisch en el Antiguo Testamento", *Tartessos*. V Symposium de Preh. Pen. Barcelona, 1969.
- U. TACKHOLM, "Tarsis, Tartessos und die Säulen des Herakles", *Opuscula Romana*, V, 1965.
- A. TOVAR, "Extensión de la lengua ibérica en Andalucía", *Zephyrus*, VI, 1966.

- A. TOVAR, "Lingüística y arqueología sobre los pueblos primitivos de España", *Anales de Arq. y Etn.* Mendoza, 1945.
- A. TOVAR, "Sobre el planteamiento del problema vasco-ibérico", *Archivum*, IV, 1954.
- A. TOVAR, "Sobre las escrituras tartesia, libio-fenicia y del Algarbe", *Zephyrus*, VI, 1955.
- A. TOVAR, "Lenguas prerromanas no indoeuropeas. Testimonios antiguos", *Enciclopedia Lingüística Hispánica*. Madrid, 1959, vol. I.
- A. TOVAR, "Tartessos en la historia y en la epigrafía", *Act. Congr. Est. Clas.*, II, 1964.
- A. TOVAR, "Lengua y escritura en el sur de España y Portugal", *Zephyrus*, XII, 1961.
- A. TOVAR, "El oscuro problema de la lengua de los tartesios", *Tartessos. V Symposium de Preh. Pen.* Barcelona, 1969.
- F. WATTENBERG, "Saltés la isla de la Atlántida y Tartessos", *Bol. Sem. Arte y Arq.* Universidad de Valladolid, 1969.
- T. B. L. WEBSTER, *La Grece de Mycènes à Homère*. Paris, 1962.
- D. E. WOODS, "Carteia and Tartessos", *Tartessos. V Symposium de Preh. Pen.* Barcelona, 1969.